

vivía en el Oriente, y había podido saberlas de los testigos oculares. Su discurso acerca de esto puede haber sido escrito antes de los de S. Juan Crisostomo, Rufino, Sócrates, Sozomeno y Teodoro, que vivieron en el siglo siguiente, hablan de ello como de un hecho, del cual nadie había dudado jamás; y otra infinidad de historiadores mas modernos no han hecho mas que copiar á los mas antiguos.

Entre los escritores modernos, muchos se han dedicado á probar este milagro y á demostrar que el testimonio de los contemporáneos, que hemos citado, está al abrigo de las objeciones de la crítica, mas ninguno lo ha hecho con tanta exactitud y éxito como Warburton, cuya obra ha sido traducida al francés bajo este título: *Disertación sobre los terremotos y las erupciones de fuego que produjo el proyecto formado por el emperador Juliano, de reedificar el templo de Jerusalen*, en París, 1764, dos volúmenes en 12°. Este autor examina en particular cada uno de los testimonios que hemos citado, y ha querido hacer dudoso este hecho importante. Hubiera resuelto con tanta facilidad las que el doctor Lardner ha hecho últimamente contra este mismo acontecimiento.

No es de admirar que algunos incrédulos de nuestros días lo hayan atacado; no han opuesto mas que conjeturas y suposiciones. Si causa sorpresa de que dos protestantes les hayan suministrado estas débiles armas, es necesario fijarse en que el milagro acaeció bajo Juliano es casi tan incómodo á los unos como á los otros.

En efecto, si fuese verdad que en el siglo IV el cristianismo hubiese degenerado mucho, que los sucesores de los apóstoles hubieran adulterado la doctrina y el culto, que estaba ya infectado de idolatría por los honores hechos á los santos, á las imágenes y á las reliquias, como pretenden los protestantes; ¿hubiera hecho Dios un milagro palpable en favor de esta religion tan corrompida, milagro que confirmaba á los cristianos en la creencia que la Iglesia confirmaba por entonces? No concebimos cómo los escritores protestantes, que han sostenido la realidad de este prodigio, no han hecho ninguna reflexión sobre sus consecuencias.

No nos detendremos mucho tiempo en refutar las objeciones de los incrédulos y de los críticos quisquillosos, la mayor parte no merecen atención alguna.

Objetan 1.º Que la Escritura no ha dicho que el templo no fuese jamás reedificado;

Jesucristo no lo ha prohibido: ¿qué importa á Dios que lo fuese ó no?

Respuesta. Jesucristo había predicho que no quedaría piedra sobre piedra, y Daniel había profetizado que la desolación ó la ruina de este santuario duraría hasta el fin; no deben separarse estas dos predicciones. Importaba á Dios verificarlas plenamente, confundir los esfuerzos de un emperador apóstata, que quería hacerlas falsas, confirmar así la fe de los fieles y destruir las locas esperanzas de los judíos. Sócrates, *Historia eclesiástica*, l. 3, c. 20, refiere que S. Cirilo, obispo de Jerusalen viendo comenzar esta empresa, aseguró á los cristianos, sobre la fe de la profecía de Daniel, que este proyecto no tendría éxito y su predicción se cumplió la noche siguiente.

2.º Amiano Marcelino era un militar poco instruido, y crédulo hasta el exceso; ha referido otros muchos hechos evidentemente fabulosos; además lo que ha dicho del milagro de Jerusalen es quizá una interpolación de los cristianos.

Respuesta. No era necesario ser muy instruido para referir un acontecimiento palpable, publico, sensible y notorio, tal como este; las fábulas que este historiador refiere no son de esta especie; no son hechos tan fáciles de comprobar. Si los cristianos han interpolado su historia, es necesario que hayan alterado tambien el fragmento de Juliano, la narración de Libanio y la de los autores judíos; y que S. Juan Crisostomo haya perdido todo pudor poniendo á sus oyentes por testigos del hecho; é invitando á los que dudasen de él á ir á ver sus vestigios.

3.º S. Jerónimo, Prudencio y el historiador Orosio no hablan de ello; hubo en aquel tiempo terremotos mas que en la Palestina, y no eran milagros.

Respuesta. El silencio de tres autores nada prueba contra el testimonio positivo de otros diez ó doce que estaban bien informados, y de los cuales muchos tenían interes en no decir nada, tales como Juliano y los judíos que hemos citado. Según la narración de Amiano Marcelino, los demás terremotos no sucedieron sino quince ó diez y ocho meses después del de Jerusalen, no fueron acompañados de erupciones de llamas salidas del seno de la tierra, ni de otras circunstancias que se observan en este, y que prueban que este prodigio no fué un acontecimiento natural ni un caso fortuito.

4.º Es verosímil que Juliano, que necesitaba dinero para hacer la guerra á los persas, lo recibiese de los judíos para que les per-

mitiese reedificar su templo, y que les permitiese solamente hacer trabajar en él á su vuelta; este proyecto debía parecer naturalmente con él, y un milagro no fué, pues, necesario. Esto de nada sirvió, puesto que no convirtió á los judíos ni á los paganos.

Respuesta. Un hecho no es verosímil luego que es contrario por el testimonio de muchos escritores bien informados, y entre los cuales no ha podido haber colusión. Los judíos no esperaron el acontecimiento de la guerra de los persas, para comenzar los trabajos; Juliano no les había hecho una simple promesa, puesto que había encargado á Alipio el cuidado de esta empresa, y el milagro precedió á la nueva que se recibió de la muerte de Juliano, como ha observado Libanio. No nos corresponde á nosotros juzgar en qué circunstancias debe ó no Dios hacer milagros, y no es verdad que sean inútiles luego que no sirven á convertir á los incrédulos obstinados. Es constante que este sirvió para aumentar los progresos del cristianismo después de la muerte de Juliano.

En vano se añade que los cristianos le han sobrecargado de circunstancias fabulosas; Warburton ha demostrado que las circunstancias eran efectos comunes de la caída del rayo y de las erupciones de fuegos subterráneos. Las sospechas, las conjeturas y las acusaciones arriesgadas de los incrédulos no están, pues, fundadas mas que en su obstinación y en su prevención contra los milagros en general.

TEMPO DE LOS CRISTIANOS. V. IGLESIA, BASILICA.

TEMPO DE LOS PAGANOS. En la palabra Templo, en general hemos hecho ver que los paganos no han principiado á construirlos sólidos y cubiertos, sino cuando han tomado la costumbre de representar á sus dioses por estatuas ó ídolos. La mayor parte de estos simulacros no eran hechos mas que de tierra, de yeso ó de madera; ha sido necesario para persuadirlos de que estas estatuas eran animadas por el Dios que representaban, y que venía á habitar luego que eran consagradas, los apologistas cristianos y los PP. de la Iglesia no se han equivocado en decir á los paganos, que sus dioses tenían necesidad de casa y de cubierta para no estar expuestos á las intemperias de las estaciones.

Estos templos, lejos de ser propios para inspirar la virtud, la piedad y el respeto á la Divinidad, parecían únicamente destinados á

inducir á los hombres al crimen. La mayor parte de los ídolos eran estatuas desnudas y los dioses estaban representados con los símbolos de las aventuras y de los vicios, que les atribuían las fábulas de los poetas; Júpiter con el águila que había robado á Ganimedes; Juno con el pavo que caracterizaba el orgullo; Vénus con todo el aparato de la lubricidad; Mercurio con la bolsa que seducía á los ladrones, etc. Ateneo nos enseña que los artistas griegos, para pintar á las diosas, habían tomado los rasgos de las célebres cortesanas. En muchos templos la prostitución y el crimen contra naturaleza eran practicados para honrar á los dioses; se ejercían allí las diferentes clases de adivinación, y se ofrecían comunmente sacrificios crueles y abominables. Estos son hechos comprobados, no solamente por los escritores sagrados y por los PP. de la Iglesia, sino tambien por los autores profanos. *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. 70, en 12°, p. 99 y sig. Véase MISTERIOS DE LOS PAGANOS, PAGANISMO, SACRIFICIOS, § 5, etc.

Convertido Constantino al cristianismo, hizo destruir los principales templos en que se cometían estos desórdenes, y dejó subsistir los demás. Teodosio el joven, que subió al imperio el año 408, lo hizo demoler todos en el Oriente; y Honorio, su tío, se contentó con mandarlos cerrar en Occidente; creyó que era necesario conservarlos como monumentos de la magnificencia romana. En muchos lugares estos edificios fueron purificados y convertidos en Iglesias; el culto del verdadero Dios sustituyó en ellos al culto impuro de los ídolos.

Así obraron Teodosio el Grande en orden al templo de Heliópolis, el año de 379, y Valente hacia este mismo tiempo, con motivo del templo de una isla cuyos habitantes se habían convertido. El año 390, bajo el reinado de Honorio, el obispo de Cartago, Aurelio, hizo igual uso del templo de Francia, y en 408, este mismo emperador prohibió destruir los templos en todas las ciudades, puesto que podían servir para los usos publicos. Bingham, *Orígenes eclesiásticos*, l. 8, cap. 2, § 4.

Cuando los sajones ingleses se convirtieron, escribiendo S. Gregorio el Grande al rey Etelberto, le exhortó á destruir los templos de los ídolos, l. 11, *Epist.* 66. Mas en una carta posterior que escribió á San Melitón, permitió convertirlos en Iglesias, *Epist.* 76. El año 607, el papa Bonifacio IV había hecho purificar en Roma el Panteon y lo había dedicado á la invocación de la Virgen Santísima y de todos los mártires; este es en el día

de los edificios mas suntuosos de Roma. Ha sucedido lo mismo con el templo de Minerva, con el de la Fortuna Viril y con algunos otros.

Durante los tres primeros siglos los paganos objetaron frecuentemente á los cristianos que no tenían templos, altares, sacrificios ni fiestas; y respondian nuestras apologistas que todas estas cosas materiales no eran dignas de la majestad divina, que el verdadero templo de la Divinidad era el alma de un hombre de bien, que los cristianos ofrecian en todos tiempos y en todo lugar sacrificios de alabanza sobre los altares de sus corazones inflamados por el fuego de la caridad; y que los verdaderos cristianos estaban siempre en fiesta por la tranquilidad de la buena conciencia, y por la alegría que les causaba la esperanza del cielo. *Clem. Alex. Stromat., l. 7, cap. 5, 6 y 7.*

No se sigue de aquí que los cristianos no tuviesen todavía iglesias ó lugares de reuniones; mas estas iglesias en nada se parecen á los templos del paganismo; tenían altares puesto que lo dice S. Pablo y que los llama también *la mesa del Señor*, y ofrecian un sacrificio que es la Eucaristía; celebraban fiestas, especialmente la de Pascuas, todos los domingos y el día de la muerte de los mártires. Mas hubiera sido inútil, y una imprudencia entrar en este detalle con los paganos; nada hubieran comprendido; todo esto no fué publicado hasta el siglo IV, cuando Constantino dió la paz á la Iglesia y autorizó la profesion pública del cristianismo. V. ALTAR, IGLESIAS, EUCARISTIA, FIESTAS, etc.

Temporal de los beneficios. Véase BENEFICIO.

TEMPORAL DE LOS REYES. V. REY.

Tentación, prueba. Cuando se dice en la Escritura que Dios *fiesta* á los hombres, no significa que los seduce ó que les tiende la red para hacerlos caer en el pecado; ya la palabra *tentar* no tiene este sentido en los libros del antiguo Testamento, sino que quiere decir que pone su virtud á prueba, ya por mandamientos difíciles, ó ya por grandes aflicciones. *Tentar á Dios*, no es querer excitarle al mal, sino querer poner su omnipotencia y su bondad á prueba, esperando de él un milagro sin necesidad ó exponiéndose temerariamente á un peligro del cual no se puede salir sin un auxilio milagroso que Dios no debe ni ha prometido á nadie. Ha prohibido severamente esta loca presunción. *Deut., vi, 48*: «No tentareis al Señor vuestro Dios.»

Así, cuando se dice, *Gén., xxii, 1*, que Dios *tentó á Abraham*, significa que puso su obe-

dencia á prueba, mandándole inmolar á su hijo. S. Pablo dice, *Hebr., xi, 19*, que Abraham obedeció porque creyó que Dios puede resucitar un muerto; esto no era *tentar á Dios*, puesto que le había prometido expresamente que Isaac sería el tronco de su posteridad. *Gén., xxi, 12*, como el Apóstol observa en el mismo lugar. «Porque eras agradable á Dios, dice el ángel á Tobías ha sido necesario que la *tentación* te probase.... Dios permitió, añade el escritor sagrado, que esta *tentación* sobreviniese á Tobías, á fin de dar á la posteridad un ejemplo de paciencia, lo mismo que el del santo hombre Job.» *Tob., ii, 12, xii, 43.* Ala verdad Dios no necesita probarnos para saber lo que haremos; lo sabe de antemano, mas nosotros mismos necesitamos ponernos á prueba; 1^o á fin de saber por experiencia de lo que somos capaces; 2^o á fin de que demos ejemplos heroicos de virtud, ejemplos muy necesarios al mundo; 3^o á fin de que seamos alentados por nuestra fidelidad á Dios ó humillados por nuestras faltas, y que conozcamos la necesidad de la gracia. También ha recompensado Dios de una manera palpable la fe de Abraham, la sumisión de Tobías y la paciencia de Job: estos son los grandes rasgos que afectan á los hombres y les hacen conocer que hay una providencia.

En el nuevo Testamento, *tentar* significa algunas veces excitar ó solicitar al mal; pero *tentación* significa también *prueba*, como en el antiguo, puesto que tantas veces como son tentados ó solicitados á pecar es una prueba para nuestra virtud. Cuando decimos á Dios en la oracion dominical: *no nos dejes caer en la tentación*, esto no significa no nos tentas para hacernos pecar, puesto que añadimos *libranos del mal*; mas esto quiere decir, no pongas nuestra debilidad á prueba muy fuertes, y danos la gracia necesaria para preservarnos del mal. «Cuando alguno es *tentado*, dice Santiago, i, 13, que no diga que es Dios quien le *fiesta*; Dios no conduce al mal, no *fiesta* á nadie, sino que todo hombre es *tentado* por su propia concupiscencia que le seduce y le inclina al pecado.»

Una de las cuestiones que fueron agitados entre los PP. de la Iglesia y los pelagianos, consistía en saber si el hombre puede resistir á las tentaciones sin el auxilio de la gracia divina; estos herejes lo sostenían, y su error fué unánimemente condenado por la Iglesia. Fué proscripto de nuevo por el concilio de Trento, *sesion 6, de justif.*, en estos términos *cón. 2*: «Si alguno dijere que la gracia divina es dada por Jesucristo, tan solamente á fin de que pueda el hombre vivir mas fácil-

mente en la justicia y merecer la vida eterna, como si pudiese hacer lo uno y lo otro, pero difícilmente y con trabajo, por el libre albedrío, y sin la gracia, sea anatematizado.» *Cón. 3*: «Si alguno enseña que puede durante toda su vida evitar todos los pecados, aun veniales, sin un privilegio especial de Dios, tal como la Iglesia lo sostiene en orden á la Santísima Virgen, sea anatematizado.»

Esto no impidió á Basnage calumniar con este motivo á los teólogos católicos. *Historia de la Iglesia, l. 11, cap. 2, § 3*; pretende que están divididos en cinco opiniones diferentes. 1^o «Han dicho los unos que se podian evitar sin la gracia todas las tentaciones contrarias al derecho natural; y observar toda ley de la naturaleza, no solo por espacio de algun tiempo, sino durante todo el curso de la vida.» Como esto es el puro pelagianismo expresamente condenado por el concilio de Trento, Basnage, por su honor, hubiera debido al menos citar un teólogo católico que haya enseñado esta doctrina, y sostenemos decididamente que no hay ninguno.

2^o Los demás, continúa Basnage, han creído que se podía vencer alguna *tentación particular* y evitar algunos pecados, pero que no se podía vencerlos todos, ni observar todos los preceptos sin el auxilio de la gracia.

3^o Los otros no han concedido al hombre mas que la fuerza de vencer algunas *tentaciones* leves, y no la de resistir á las *tentaciones* violentas; y observar los preceptos difíciles. Es ridículo desde luego distinguir estas dos opiniones; puesto que la una está contenida en la otra, y los partidarios de la primera jamás han sostenido que sin la gracia pudiese el hombre vencer alguna *tentación particular violenta*, ó observar algun precepto difícil. Era necesario observar tambien que ni los unos ni los otros han enseñado jamás que la resistencia á una *tentación* cualquiera, y la observancia de un precepto hecho sin la gracia, pudiesen contribuir á la salvación ni merecer la gracia, y esto es en lo que se han dividido del pelagianismo.

4^o «Se podrá formar una larga lista de los teólogos escolásticos que han creído que se podía practicar una obra moralmente buena, sin la gracia, por simple concurso de Dios, que da movimiento y acción á todas las criaturas.» No vemos todavía en qué se diferencia esta opinion de las dos precedentes, puesto que los escolásticos jamás han creído que una obra moralmente buena, practicada así, pudiese contribuir á la salvación.

5^o «Hay otros que han sostenido la necesidad de la gracia, ya para vencer todas las

tentaciones, ya para evitar el pecado, y va en fin, para practicar el bien. Era propio de la buena fe añadir que esta opinion es la mas comun y casi universalmente recibida entre los teólogos católicos.

Es pues claro que todas estas opiniones se reducen á dos, á saber: á la última que es casi general; y la otra es la de algunos escolásticos, que han creído que el hombre, por solas sus fuerzas naturales y con un auxilio de Dios, que consideran como natural, puede evitar algunas leves *tentaciones*, observar algunos preceptos fáciles de la ley natural, y practicar algunos obras moralmente buenas; pero que no pueden contribuir á la salvación, ni merecer la gracia, y que Dios puede, sin embargo, recompensar por algun beneficio temporal. Opinion muy indiferente á la fe, que no se opone á la doctrina del concilio de Trento, y que no es un pelagianismo, aunque lo digan Basnage y otros; pero opinion muy superflua, puesto que Dios da á los infieles y á todos los hombres gracias para practicar el bien; lo hemos probado en la palabra *INFIELES*. Se ve por este ejemplo, y por mil otros, cuán poco debemos fiarnos de las aserciones de los protestantes.

Basnage no ha sido mas justo en orden á los padres de la Iglesia; y pretende que han variado sobre esta cuestion enteramente como teólogos; puede convenirse de lo contrario, consultando al Padre Petavio, de *Incarnat.* l. 9, cap. 2 y 3; la uniformidad de su lenguaje prueba que todos han tenido las mismas nociones del libre albedrío, de sus fuerzas, ó mas bien, de su debilidad.

TENTACION DE JESUCRISTO EN EL DESIERTO. Los incrédulos, que no leen el Evangelio mas que con ojos críticos, se han escandalizado de que el Salvador permitiese al demonio tentarle: esto era, dicen, conceder al enemigo de la salvacion un poder injurioso á la dignidad del hijo de Dios. Los Padres de la Iglesia han respondido que no era mas injurioso al Salvador del mundo ser tentado, que estar revestido de las debilidades de la humanidad, y ser injuriado, ultrajado y crucificado por los judíos. Quería enseñarnos que la *tentación* por sí misma no es un crimen; que cuando se resiste á ella, la virtud recibe un nuevo precio y mayor mérito. Quería tranquilizar á las almas limadas y escrupulosas, que se creen culpables porque son tentadas, y que se desaniman en el camino de la virtud; quería manifestarles con qué armas se resiste al tentador. Estas son la oracion, el ayuno y las lecciones de la palabra de Dios. «Ha sido necesario, dice S. Pablo,

que el Hijo de Dios fuese semejante en todo á sus hermanos, á fin de que fuese misericordioso y fud pontífice cerca de Dios, para obtener el perdón de los pecados de su pueblo: puesto que ha experimentado tentaciones y padecimientos, ha adquirido el poder de socorrer á los que son tentados; no tenemos pues un pontífice incapaz de participar de nuestras enfermedades, puesto que las ha experimentado todas, á excepción del pecado; aproximémosnos, pues, con confianza al trono de su gracia, para recibir allí misericordia y todos los auxilios de que necesitamos. » Hebr., II, 17; IV, 13.

Los censores del Evangelio han imaginado que el demonio trató á Jesucristo sobre la cima del templo, y después sobre una alta montaña, *Math.*, IV, 5 y 8; mas el griego παραπάνωθεν, y el latín *assumpsit* no significan siempre trasladar; quieren decir frecuentemente llevar consigo, conducir; *tecmos*, XVII, 1, que Jesucristo llevó consigo, *assumpsit* á tres de sus discípulos, y les condujo sobre una montaña; *xx*, 17, llevó consigo á sus doce apóstoles, *assumpsit*, para ir á Jerusalem. Cuando decimos que un hombre se ha trasladado á tal lugar, no significa que ha ido por el aire.

Añadé el Evangelista que desde la cima de una montaña manifestó el demonio á Jesucristo todos los reinos del mundo y su gloria, *xv*, 8; mas manifestarlos no es presentarlos á la vista, es indicar su situación, su extensión, sus riquezas, etc., no hay necesidad para esto de ver toda la superficie del globo. Los que han pensado que la tentación de Jesucristo en el desierto no ha pasado en realidad, sino solamente en sueño ó en visión, se han embrollado inoportunamente; la narración del Evangelio no admite esta explicación.

Tentativa. Tesis de teología. Véase GRADO.

Teocagnostas. Este es el nombre que san Juan Damasceno dió á unos herejes, ó mas bien, á unos blasfemos que vituperaban las palabras ó las acciones de Dios, y muchas cosas referidas en la Sagrada Escritura; podían ser algunos restos de los maniqueos; su nombre está formado del griego θεός, Dios y καταγνωσκω, yo juzgo, yo condeno.

Algunos autores han colocado á estos infieles en el siglo séptimo; mas S. Juan Damasceno, único que ha hablado de ellos nada dice del tiempo en que aparecieron. Además en su *tratado de las herejías*, llama frecuentemente herejes á los hombres impíos y perversos, tales como se han visto en todos tiempos, y

que no han formado secta alguna. Jamás han sido en mayor número que entre los incrédulos de nuestro siglo; si fuesen menos ignorantes, se avergonzarían quizá de repetir las objeciones de Celso, de Juliano, de Porfirio, de los marcionitas, de los maniqueos, y de algunos otros herejes. Véase el *Tratado de la verdadera religion* del abate Bergier: en él se manifiesta de una manera palpable que los errores de la incredulidad moderna tienen su filiación y raizen los antiguos desvarios de la razon humana.

Teocracia. Gobierno en el que Dios es reputado único soberano y legislador.

Hay escritores que han pretendido que en el origen, todas las naciones que han principiado á civilizarse han estado bajo el gobierno teocrático; que los egipcios, los sirios, los caldeos, los persas, los indios, los japoneses, los griegos y los romanos, han principiado por este gobierno, puesto que entre estos diferentes pueblos los sacerdotes han tenido gran parte en la autoridad; mas nos parece que estos autores no han conocido la verdadera razon de este fenómeno político, y que han confundido cosas que hubiera sido necesario distinguir. No puede dudarse que el gobierno paternal es el mas antiguo de todos; que otra autoridad podia haber cuando las familias estaban aún aisladas y nómadas? Como el padre era al mismo tiempo el ministro de la religion, el sacerdocio y la autoridad civil se hallaron naturalmente reunidos. Cuando muchas familias se reunieron en una ciudad ó en un mismo canton, y se asociaron para hacerse mas fuertes, les fué necesario un jefe, y su autoridad fué arreglada por el modelo de la que habían ejercido antes los padres de familia; así el poder civil y la autoridad religiosa continuaron estando en manos del mismo jefe. Así es como la Sagrada Escritura nos representa á Melquisedech y á Ietro, como Virgilio nos pinta á Anio y á Diódoro de Sicilia los primeros reyes. Cuando una nación llegó á ser mas numerosa, las funciones del reinado y del sacerdocio se multiplicaron y se conoció la necesidad de separarlas. El principal negocio del rey fué practicar la justicia civil y marchar á la cabeza de los ejércitos; y la del sacerdote fué presidir al culto divino. Mas como se elogio comunmente para el sacerdocio á los ancianos, los hombres mas instruidos y mas sabios de la nación llegaron á ser los consejeros de los reyes, y tuvieron siempre una grande parte en el gobierno. Para concebir las razones de estos diversos estados de cosas, es absurdo atribuirlos á la ambición é impostura de los sacerdotes, y á su

afectacion de hacer intervenir la autoridad divina en todas partes; de la misma manera que los reyes no ejercieron al principio las funciones del culto religioso en virtud de su autoridad civil, así los sacerdotes no fueron admitidos á participar de las funciones civiles en calidad de ministros de la religion, sino por consideración á su capacidad personal.

En lo sucesivo, hallando los reyes demasiado repartida su atención entre los cuidados de la política y los de hacer por sí mismos la justicia á los pueblos, se descargaron de esta última funcion sobre las personas de los magistrados. ¿Spondremos que estos últimos han llegado á participar así de la autoridad soberana por ambición, por arteificio y por impostura, seduciendo y engañando á los pueblos y á los reyes? Sin duda que no. Consultando al buen sentido y no á la pasión, se ve que la necesidad, la utilidad, la comodidad, y el interes público bien ó mal concebido, han sido los motivos de casi todas las instituciones sociales. Mas de la misma manera que se abusaria de los términos llamando aristocrático á un gobierno en el que un cuerpo de magistrados ejerciese una parte de la autoridad del Soberano, no menos se abusa suponiendo teocrático á todo gobierno en el que los sacerdotes tienen mucho crédito é influencia en los negocios.

Establezcamos, pues, por principio que la verdadera teocracia es el gobierno en el que el mismo Dios es inmediatamente el autor de las leyes civiles y políticas, igualmente que de las leyes religiosas, y se digna tambien dirigir una nación en los casos á los cuales las leyes no han provisto. Segun esta noción, no se puede menos de convenir en que el gobierno de los israelitas ha sido teocrático.

Spencer, de *Legib. Hebræar. ritual*, I, 1, p. 174, hace una disertación para probarlo; mas parece haber olvidado la razon principal, y es que la legislación mosaica procedió inmediatamente de Dios. Nos parece haber llevado demasiado lejos la comparación entre la conducta que Dios ha observado en orden á los israelitas, y la que un rey acostumbra á tener relativamente á sus súbditos.

4º Observa muy bien que Dios gobernaba á los judios, no solo por sus leyes, sino tambien por los oráculos que comunicaba al gran sacerdote, y por los jueces que estableció él mismo; era necesario añadir, tambien por los profetas que suscitaba de tiempo en tiempo, como lo había prometido: *Deut.*, XVII, 18. Dios es llamado el *Rey de Israel*, mas es llamado tambien el Padre, el Pastor, el Redem-

tor, y el Salvador, y todos estos titulos convienen igualmente á Dios; era, pues, inútil observar que su reinado en orden á los israelitas había sido formado y cimentado por un tratado solemnemente concluido con todas las fórmulas, por el cual se habían empeñado á ser obedientes y fieles á Dios: aun cuando no hubiera estado menos obligado á la obediencia y á la sumision; este tratado no estaba aun concluido cuando Dios les intimó sus leyes. No pensamos tampoco que en esto haya tenido Dios consideracion alguna á las costumbres de los demás pueblos, que consideraban á sus dioses como reyes, y que adoraban á sus reyes muertos como dioses; ninguno de estos pretendidos dioses había sido legislador de la nacion que le adoraba, ni hizo por ella lo que Dios hacia por los israelitas; las locas imaginaciones de los idólatras no eran un modelo digno de seguirse.

2º Apudámos á Spencer cuando dice que este gobierno paternal de Dios era dulce, pacífico y ventajoso á los israelitas bajo todos aspectos, y que en las diferentes circunstancias en que se encontraron, especialmente en el desierto, hubiera sido imposible á un hombre gobernarlos, puesto que no podían subsistir allí mas que por milagro. Así no fueron felices sino en cuanto estuvieron sometidos á este gobierno divino; siempre que pecaron de infidelidad para con Dios fueron castigados por ello con calamidades; y cuando quisieron tener á su cabeza un rey como las demás naciones, tuvieron bien pronto motivo de arrepentirse; y como observa Spencer, este cambio fatal fué la causa de las desgracias que los israelitas atrajeron sobre sí, y en fin, de su total ruina. Mas no vemos por qué juzga que á la eleccion de un rey cesó el gobierno teocrático en esta nación; puesto que el código de leyes que Dios había dado continuó rigiendo. Por viciosos é impíos que hayan sido muchos de sus reyes, ninguno de ellos es acusado de haber querido abrogarlo. Han violado frecuentemente las leyes religiosas, entregándose á la idolatría y arrastrando á ella á los pueblos; pero las leyes civiles y políticas conservaron su fuerza, y unas y otras fueron restablecidas después de la cautividad de Babilonia.

Quando considera Spencer el tabernáculo como el palacio del rey de Israel, á los sacerdotes como sus oficiales, á los sacrificios como su mesa, el arca como su trono, etc., estas comparaciones son ingeniosas, pero poco exactas. Dios no cesó de gobernar á los israelitas cuando fué destruido el templo por

Nabucodonosor, y los sacrificios fueron in-ferripidos. Dice que bajo este gobierno *teocrático*, la idolatría debía ser castigada de muerte, puesto que era un crimen de lesa majestad; mas independientemente de la ley positiva, la idolatría era un atentado contra la ley natural; sabido es de cuántos crímenes era origen; merecía, pues, por sí misma el más riguroso castigo. La violación pública del sábado era castigada también de muerte, sin ser, no obstante, un crimen de lesa majestad. Así, aunque la disertación de Spence sobre la *teocracia* de los judíos sea sábia é ingeniosa, no es ciertamente exacta á todas luces. Uno de nuestros filósofos modernos que ha razonado de todo á la ventura y sin reflexión, ha querido hacer ver que la *teocracia* es un mal gobierno, puesto que bajo este régimen se han cometido una infinidad de crímenes entre los judíos, y han experimentado una serie casi continua de desgracias. Mas es un extraño modo de probar que las leyes son malas, porque han sido mal observadas y los infractores han sido siempre castigados. Dios había hecho saber á los judíos las desgracias que les sucederian cuando fuesen infieles á sus leyes; Moisés se lo había predicho mas detalladamente. *Deut.*, xviii, 15 y sig. y sus predicciones han tenido un exacto cumplimiento. Para demostrar que el gobierno *teocrático* era vicioso en sí mismo, hubiera sido necesario hacer ver que los judíos fueron desgraciados en el tiempo mismo en que fueron mas sumisos á sus leyes; esto es lo que nuestro disertador no ha tenido cuidado de emprender, y como es comun en un filósofo irreligioso disparatar, este concluye su diatriba diciendo que la *teocracia* debería estar en todas partes, puesto que todo hombre, príncipe ó batelero debe obedecer á las leyes naturales y eternas que Dios le ha dado: ahora bien, estas leyes naturales y eternas son las primeras que habia intimado Dios á los judíos; están en el código de Moisés á la cabeza de todas las demás, y todas las otras tendian á hacer observar exactamente estas; este código no podia, pues, ser malo. V. Junias, § 3.

Teodóctianos. Sectarios de Teodoto de Byzancio, apellidado el *Curtidor* á causa de su profesion, hereje que formó un partido á fines del siglo II. Los autores eclesiásticos que han hablado de él convienen en referir que, durante la persecucion que sufrieron los cristianos bajo Marco Aurelio, *Teodoto*, aprendido con otros muchos, no tuvo el valor de ser mártir, y que renegó de Jesucristo por evadirse del suplicio. Cubierto de igno-

minia desde aquel momento, creyó evitar la vergüenza salvándose en Roma; pero fué allí reconocido y tan detestado de los cristianos como en su patria. Para paliar su crimen, dijo que, segun el Evangelio, *el que ha blasfemado contra el Hijo del hombre, será perdonado*; se atrevió también á añadir que habia renegado de un hombre y no de Dios, que Jesucristo nada tenia sobre los demás hombres mas que un nacimiento milagroso y los dones de la gracia mas abundantes, y virtudes mas perfectas. Fué condenado y excomulgado por el papa Victor, que, segun los cronologistas, ocupó la silla de Roma desde el año 185 hasta 197.

Casi al mismo tiempo, un tal Artemas ó Artemon esparció tambien en Roma una doctrina semejante, y halló igualmente discipulos que fueron llamados *artemonitas*. Decía que Jesucristo no habia principiado á recibir la divinidad mas que en su nacimiento. Se comprende que por la divinidad entendida solamente las cualidades divinas, y que, segun su opinion, Jesucristo no podia ser llamado Dios sino en un sentido impropio. Es difícil saber precisamente en qué convenia ó discrepaba la doctrina de los herejes; los antiguos no nos lo dicen sino confusamente. Es solamente probable que los partidarios del uno y del otro se reunieron y no formaron mas que una sola secta, que no fué muy numerosa ni duradera.

En efecto, un autor antiguo, que se cree ser Cayo, sacerdote de Roma, que escribió contra Artemon, y cuyas palabras ha referido Eusebio, *Hist. eccles.*, l. 5, c. 28, parece confundir á los *teodotianos* y los *artemonitas*, haciéndoles los mismos cargos. Estos sectarios, dice, sostienen que su doctrina no es nueva, que ha sido enseñada por los apóstoles y seguida por la Iglesia hasta el pontificado de Victor y de Celestino, su sucesor, pero que la verdad ha sido alterada despues de aquel tiempo: ahora bien, se los refuta, no solo por las divinas Escrituras, sino tambien por los escritos de aquellos de nuestros hermanos, que vivieron antes de Victor, por los himnos y cánticos de los primeros fieles, y en fin, por la censura lanzada por Victor contra Teodoto. Este mismo autor los acusa, no solo de pervertir el sentido de las Escrituras con sutilezas de lógica, sino tambien de haber corrompido su texto, y lo prueba por la confrontacion de sus copias con los ejemplares mas antiguos aquellos, y por la diversidad de sus pretendidas correcciones, de rechazar aun la ley y los profetas, bajo pretexto de que les basta la gracia del Evangelio.

Si fuese cierto que los extractos de Teodoto, que se encuentran á continuacion de las obras de S. Clemente de Alejandria, son de Teodoto el Curtidor, deberian atribuirse tambien otros errores; mas ha habido un segundo Teodoto, llamado el *Cambiatoro* ó el *Banquero*, discípulo del primero, que fué el jefe de la secta de los melquisedotianos; se conoce tambien otro del mismo nombre, que era discípulo de Valentin. Ahora bien, el autor de los extractos enseña que el Hijo de Dios, los ángeles, las almas humanas y los demonios son corporales, que los ángeles son de diferentes sexos, que Jesucristo tenia necesidad de la redencion, y que la obtuvo cuando descendió la paloma sobre él despues de su bautismo; que Dios Padre habia padecido en Jesucristo, que este tenia dos almas, la una material y la otra espiritual y divina que se separó de él antes de su pasion; que las cosas de este mundo, y aun las acciones humanas son determinadas por el curso de los astros, etc. Estos ensueños parecen mas análogos á los errores de los valentinianos que á los de los *teodotianos*.

De cualquier modo que sea, pueden hacerse sobre estas antiguas herejias reflexiones importantes. 1.º Teodoto, interesado por su sistema en oprimir á Jesucristo, confesó, sin embargo, su nacimiento milagroso y su santidad; juzgó, pues, que la narracion de los evangelistas era inatacable. 2.º Se sigue que en el siglo II la divinidad de Jesucristo era un dogma universalmente creído en la Iglesia, y considerado como un articulo fundamental del cristianismo. 3.º Se estaba en la conviccion de que este dogma era claramente enseñado en la Sagrada Escritura y en las profecias; se le daba, pues, por entonces el mismo sentido que nosotros, puesto que, para sostener los errores, los *teodotianos* estaban reducidos á corromper las unas y á rechazar las otras. 4.º Se estaba en la persuasion, como en el dia, que S. Justino, Taciano, Melitades, S. Ireneo, S. Clemente de Alejandria, Meliton, etc., habian profesado expresamente la divinidad de Jesucristo, puesto que se oponia su testimonio á los que la negaban; ¿de qué lado pueden los socinianos sostener en el dia lo contrario? 5.º Para refutar á los herejes, no se limitaban á citarles la Sagrada Escritura; se les alegaba tambien la tradicion, la doctrina de los PP., los cánticos de la Iglesia y la predicacion pública y general, como hacemos todavia. A los ortodoxos pertenece ver las consecuencias que estamos en derecho de sacar contra aquellos de todos estos hechos. Véase á Tille-

mont, t. 3, p. 68; Pluquet, *Dic. de las herejias*, etc. (*Conté lege*).

Teodocion. Traductor del texto hebreo. Véase SETENTA, § 3, YENSON, etc.

Teodoro de Mopsuesta. Célebre escritor que vivió á fines del siglo IV y á principios del V de la Iglesia. En su juventud fué condiscipulo y amigo de S. Juan Crisóstomo y abrazó como él la vida monástica. Se disgustó de ella poco tiempo despues, volvió al siglo y formó el designio de casarse. Aflijido S. Juan Crisóstomo de esta inconstancia, le escribió dos cartas muy tiernas para atraerle á su primer género de vida. Son intituladas *ad Theodorum lapsum*, y se encuentran al principio del primer tomo de las obras del santo doctor; no fué esto en vano; cedió *Teodoro* á las vivas y tiernas exhortaciones de su amigo, y renunció de nuevo al siglo; fué despues promovido al sacerdocio en Antioquia, y llegó á ser obispo de la ciudad de *Mopsuesta* en Glicia. No se le puede negar mucho talento, una grande erudicion y un celo muy activo contra los herejes; escribió contra los arrianos, contra los apolinaristas y contra los eunomianos; se pretende tambien que llevó frecuentemente demasiado lejos este celo, y que usó mas de una vez de violencia contra los heterodoxos.

Mas no se supo preservar él mismo del vicio que queria reprimir. Imbuído en la doctrina de Diódoro de Tarso, su maestro, la hizo gustar á Nestorio, y esparció las primeras semillas del pelagianismo. Se le acusa, en efecto, de haber enseñado que habia dos personas en Jesucristo, que entre la persona divina y la humana no habia mas que una union moral; de haber sostenido que el Espíritu Santo procede del Padre y no del Hijo, y de haber negado, como Pelagio, la transmision y las consecuencias del pecado original á todos los hombres. El sabio Itigio, *Disert.*, l. 7, § 43, ha hecho ver que el pelagianismo de *Teodoro de Mopsuesta* es palpable, especialmente en la obra que compuso contra un tal *Aran ó Aramis*, y que bajo este nombre, que significa *Sirio*, queria designar á san Jerónimo, porque este Padre habia pasado la mayor parte de su vida en la Palestina, y habia escrito tres diálogos contra Pelagio. Ademäs, *Assemani, Bibliotheca orientalis*, t. 4, cap. 7, § 2, acusa á *Teodoro* de haber negado la eternidad de las penas del infierno, y de haber separado del canon muchos libros sagrados. Compuso un nuevo simbolo y la liturgia de la cual se sirven los nestorianos todavia.

Ejerció tambien su pluma contra Orige-

nes y contra todos los que explicaban la Sagrada Escritura como este Padre en un sentido alegórico. Ebedjesu, en su *Catálogo de los escritores nestorianos*, le atribuye una obra en cinco libros, *contra Alegóricos*. En sus *Comentarios sobre la Sagrada Escritura*, que explicó, según se dice, toda entera, siguió constantemente solo el sentido literal. Han sido muy alabados por Moseheim. *Historia Eclesiástica, siglo V, p. 2, cap. 3, § 3 y 3* y este vituperó á los PP. de la Iglesia que han obrado de otra manera. Véase Atreunia. Mas si se debe juzgar de la bondad de un método por el éxito, el de Teodoro y de sus imitadores no ha sido muy feliz, toda vez, que no le ha preservado de caer de sus errores. Dió una explicación del *Cantar de los cantares* entorpecido profano, que escandalizó mucho á sus contemporáneos; interpretando á los profetas, adulteró el sentido de muchos pasajes, que se habían aplicado hasta entonces á Jesucristo; y favoreció de esta manera la incredulidad de los judíos. Se ha hecho entre los modernos la misma acusación á Grocio, y los socinianos en general la han merecido demasiado. El doctor Lardner, que ha dado una lista muy larga de los *cantares de Teodoro de Mopsusta. Credibility of the Gospel History, t. 11, p. 399*, refiere un pasaje sacado de su *Comentario sobre el Evangelio de san Juan*, que no es favorable á la divinidad de Jesucristo; los nestorianos tampoco admitían este dogma sino en un sentido impropio. V. NESTORIANISMO.

Es, pues, una afectación muy imprudente de parte de los críticos protestantes dudar si Teodoro ha enseñado verdaderamente el error de Nestorio, y si ha sido calumniado por los alegoristas contra quienes escribió. No es necesaria mas prueba de su herejía, que el respeto que los nestorianos tienen á su memoria; le consideran como uno de sus principales doctores, le oran como á un santo, hacen mucho caso de sus escritos y celebran su liturgia. Es verdad que este obispo murió en la comunión de la Iglesia sin haber sido anatematizado por ninguna censura; pero el año 833, el segundo concilio de Constantinopla condenó sus escritos como infectados del nestorianismo.

El mayor número se han perdido, y no han quedado mas fragmentos en Focio y en otras partes; mas se cree que una gran parte de sus comentarios sobre la Escritura están aun en manos de los nestorianos. Se añade que su *Comentario sobre los doce profetas menores*, se conserva en la biblioteca del emperador; y el duque de Orleans, muerto en santa

Geneveva en 1752, ha probado en una sabia disertación que el comentario sobre los salmos que lleva el nombre de Teodoro de Antioquia en la *Cadena* del padre Cordier, es de Teodoro de Mopsusta.

Teodoro. Obispo de Ciro, en la provincia del Eufriates, nació en Antioquia, según unos en 386, y según otros en 393, y murió el año 458; ha sido uno de los mas sabios y de los mas célebres de los Padres de la Iglesia. Al conocimiento de las lenguas griega, hebrea y siríaca, reunia una grande erudición sagrada y profana, y mucha elocuencia. Prevencido de estimación y amistad hacia Nestorio, tuvo largo tiempo repugnancia en creerle culpable de herejía creyó que pensaba mejor que hablaba, y le exhortó mas de una vez á explicarse, mas nada pudo obtener de este obstinado. Indispuesto por otra parte con san Cirilo de Alejandria, antagonista de Nestorio, creyó percibir en sus obras los errores de Apolinario, y escribió contra él con mucha acritud; mas desengañado despues, se reconcilió con san Cirilo, y renegó de su doctrina era católica. Atacado personalmente á su vez por los eutiquianos, como partidario de Nestorio, y llamado al concilio general de Calcedonia, presentó en la sesion séptima, celebrada el 26 de octubre del año 451, una súplica pidiendo que se examinasen sus escritos y su fe; y se le respondió que bastaba que anatematizase á Nestorio; lo hizo, y se le declaró católico; no ha lugar á dudar que este anatema haya sido sincero; la conducta de Nestorio le habia desengañado en orden á este herejía. Mas los escritos de Teodoro contra san Cirilo subsisten, y componiéndolos en el primer calor de la disputa, no se expresó siempre con bastante exactitud. Así el año 353, aunque murió en la paz de la Iglesia y fué absuelto por el concilio de Calcedonia sus mismos escritos fueron examinados con rigor en el segundo concilio de Constantinopla y condenados con los de las y de Teodoro de Mopsusta; esto es lo que se ha llamado *los tres capitulos. Véase CONSTANTINOPLA*.

Además de la *Historia eclesiástica de Teodoro*, que es la continuación de la de Eusebio, se tienen de él unos *Comentarios sobre la Sagrada Escritura*, la *Historia de las Herejías*, las *Vidas de treinta solitarios*, la *Terapéutica*, en doce discursos destinados á extinguir las preocupaciones de los paganos contra el cristianismo, diez sermones ó discursos sobre la Providencia, unos diálogos contra los eutiquianos, unas cartas, etc. Estas obras fueron publicadas por el Padre Sir-

mond, en Paris, en 1642, en cuatro volúmenes en folio. El Padre Garnier, añadió un quinto volumen en 1684. Este nuevo editor en sus disertaciones ha tratado á Teodoro con demasiado rigor; le ha imputado errores de que es fácil disculparle. Lleva la injusticia de sus sospechas hasta creer que Teodoro no formó su *Historia de las herejías*, sino para tener cesion de hacer sospechosa la fe de san Cirilo y de los ortodoxos, haciendo la apologia de su propia creencia y de la de Nestorio. Como en el *t. 4, c. 11*, condena absolutamente el nestorianismo, el Padre Garnier sospecha tambien que este capitulo ha sido añadido por otra mano. Esto es llevar demasiado lejos la prevención. El Padre Sirmond, el Padre Alejandro, Tillemont, Iligio, Graveson y otros criticos han sido mas equitativos; han justificado á Teodoro. Puede verse una buena noticia de su vida y de sus obras, *vidas de los Padres y de los Mártires*, 24 de enero, y en Lardner, *Credibility, etc., t. 3, c. 131*.

Hay en la *Biblioteca germánica, t. 48*, una disertación de M. Barthelemy, sabio precoz, muerto antes de 20 años, en la cual emprendió probar que los *Dialogos contra los eutiquianos*, y las *vidas de los solitarios* no son de Teodoro. Puede verse en efecto, que estos *dialogos sobre la Encarnacion* son supuestos; en orden á las *vidas de los solitarios*, intituladas *Philotea*, piensan que han podido ser interpoladas, que hay cosas indignas de un sabio, tal como Teodoro, y hechos que no se concilian con lo que ha referido en su *Historia eclesiástica*. Mas estos criticos hubieran debido tener presente que un sabio muy laborioso y que ha escrito mucho, ha podido olvidar en sus ultimas obras lo que habia dicho en las primeras, y corregir las faltas que habia cometido, sin tomarse el trabajo de borrarlas en sus escritos precedentes. Para juzgar de ello con certeza, seria necesario saber exactamente las fechas de las diferentes obras de Teodoro, y quizá tener las que nos faltan; sin esto las conjeturas pueden ser siempre defectuosas.

En sus *Discursos sobre la Providencia*, este Padre manifiesta un conocimiento de fisica y de la historia natural mas extenso del que su siglo parecia permitir. Despues de haber manifestado la sabiduria y las atenciones de la Providencia en el orden de la naturaleza y en el de la sociedad, demuestra en el décimo esta misma sabiduria en el orden de la gracia, y de en él la mas exacta idea del beneficio de la redención. La *Terapéutica* es

una excelente apologia del cristianismo, y una demostración completa de los errores, de los absurdos, y desórdenes que reinaban en el paganism; y se ve allí que Teodoro, estaba perfectamente instruido en todos los sistemas de la filosofía pagana; parece haber tenido el desigmo de refutar las calumnias y los sofismas del emperador Juliano.

Dando cuenta de esta obra Lardner, despues de haber hecho grandes elogios de los talentos y de la elocuencia del autor, á pesar de la apologia que hizo, le parece mal que hable en el *t. 3* del culto rendido á los mártires; y le acusa de haber dicho á los paganos que Dios ha puesto á los mártires en el lugar de sus divinidades. La Escritura, dice, no nos ha enseñado este culto; los mártires de los primeros tiempos de la Iglesia jamás han ambicionado este honor; deestaban toda especie de idolatría, y han dado su vida mas bien que rendir su adoracion á otros que á Dios solo y á Jesucristo.

Es lo menos la centésima vez que los protestantes repiten contra nosotros esta acusación de idolatría, y hemos demostrado su injusticia en la palabra PAGANISMO, § 6. 1.º Es falso que Teodoro diga que los mártires han reemplazado á las divinidades del paganism; declara, al contrario, que los mártires no son genios ni demonios, como pensaban los paganos en orden á sus dioses; manifiesta la diferencia que hay entre el culto que los cristianos rinden á los mártires, y el que los paganos tributaban á sus héroes. 2.º Es de presuncion que Teodoro, muy instruido en la doctrina de la Sagrada Escritura, era por lo menos tan capaz como un protestante del siglo XVIII, de juzgar si un culto era ó no idolátrico, y si habia ó no sido practicado desde el nacimiento del cristianismo V. MARTIN, § 6. Barbevrac, *Tratado de la Moral de los PP., c. 17, § 3*, acusa á Teodoro de haber aprobado la denegacion, que hizo un obispo de Persia, de reedificar un templo que estaba quemado, y de haber dado por razon de ello, que en esta circunstancia, reedificar un templo del fuego hubiera sido un crimen igual al de adorarle como los persas, *Historia eclesiástica, t. 5, c. 39*. En la palabra MARTIN, § 3, hemos hecho ver que Teodoro no ha referido exactamente el hecho de que se trata. Assémani, *Biblioteca oriental, t. 3, p. 374*, ha probado, por el testimonio de autores sirios que el templo del fuego no habia sido quemado por el obispo llamado Abdas ó Abdaa, sino por un sacerdote de su clero. Teodoro despues de haber vituperado este rasgo de falso celo, ha podido, pues, apro-

bar la denegación de este obispo. 1º Porque era injusto hacerle responsable del hecho de otro. 2º Porque los cristianos hubieran podido escandalizarse de que reedificase un templo, de cuya destrucción no era culpable, y de que los enemigos del cristianismo hubieran triunfado. Una circunstancia mas ó menos basta para variar absolutamente la naturaleza de un hecho. Es, pues, muy oportuno que Bayle y la multitud de los incrédulos hayan insistido tanto sobre esto, para hacer ver los excesos á que el celo de religion acostumbra á llevarlos, para probar que los cristianos han sido frecuentemente unos sediciosos que merecian ser castigados, y que los PP. de la Iglesia han dado algunas veces malas lecciones de moral. Este es casi el único rasgo de un falso celo que han podido citar en toda la antigüedad eclesiástica.

Teofanías. Nombre que se ha dado en otro tiempo á la Epifanía, ó á la fiesta de los reyes; se la ha llamado tambien *Theopsis*, y estos dos nombres significan igualmente *aparición ó manifestación de Dios*. V. *EPHESIA*.

Estaban persuadidos los paganos de que sus dioses se manifestaban algunas veces á ellos, ya en sueños ó ya en los misterios, y llamaban á este favor *Theopsis*, *vista de los dioses*. Algunos sabios han pensado tambien que los griegos y los egipcios han admitido *Teofanías* en otro sentido; han creído que uno de sus grandes dioses, Júpiter, por ejemplo, se habia encarnado en cierto modo en un rey de Creta, que se atribuyó este nombre, quiso tener todos sus honores, y lo obtuvo de la credulidad de los pueblos. Por esta suposición se llegan á conciliar muy fácilmente las acciones de Júpiter, rey de Creta, con las de Júpiter, dios. Hay ácerca de esto dos sabias memorias en la coleccion de la *Academia de las inscripciones*, t. 66, en 12º, p. 62. No nos corresponde á nosotros juzgar si esta opinion está bien ó mal fundada; esta cuestion nada tiene que hacer con la teología. Tememos, sin embargo, que contra la intención del autor, los incrédulos tomen ocasion para decir que la creencia de la encarnación del Hijo de Dios no es mas que una antigua imaginación de los paganos. Por otra parte, si los paganos han creído verdaderamente en las *Teofanías*, esta ha sido quizá una de las razones porque Dios no ha revelado expresa y claramente á los antiguos judíos el misterio de la encarnación futura.

Teofilantropía. La fiesta del *Ser Supremo* (Véase esta palabra), en la que Robespierre peroró el 8 de junio de 1794, y las demás fiestas de este género celebradas en

los departamentos, son el punto de partida de la *Teofilantropía*. El culto de los adoradores publicado por D. Aubermeil, entusiasta que se consideraba como un discípulo de los antiguos magos, contiene su germen. El autor pretiende descorrer en él, un velo que habia cubierto hasta entonces el culto de los primeros hombres; queria que sus sectarios se llamasen *theoandropófilas*, palabra que *sinocoparon* despues para hacer de ella *teofilantropos*, amigos de Dios y de los hombres; y adoptaron sin duda esta denominación porque querian injerir en su sociedad todas las religiones que cuentan este doble amor en el número de sus deberes.

Su primera reunion se celebró en Paris el 16 de diciembre de 1796, en el Instituto de los ciegos, cuya ceguera física era como el emblema de la ceguera moral de los *teofilantropos*. Habiendo sido declaradas las Iglesias edificios nacionales, quisieron participar de su goce, esperando darse mas relieve, ocupando muchos de ellos. Obedecian á un consejo de dirección cuyo objeto era formar desde luego un núcleo, que daba la misión á los lectores y á los oradores: sin embargo, hubo entre ellos misioneros que se constituyeron independientes de este comité.

Aunque el culto *teofilántropico* tuviese ministros y liturgia, era menos una religion que un partido de oposicion, cuyos gobernantes eran secretamente los fautores para impugnar la religion católica. El director, La Reveiller-Lepaux, cuya antipatía era conocida contra esta religion santa, y la persistencia en establecer las fiestas *decadarias*, asistia á las reuniones de los *teofilantropos*, y proclamó sus principios en un discurso que pronunció el primero de mayo de 1797, en el Instituto. Despues de haber calumniado la religion católica, imputándola el ser contraria á la libertad, expresó el deseo de un culto sencillo que tuviese un conjunto de dogmas. Por su parte, los agentes del gobierno concurren con todo su poder al éxito de la secta, tanto en Francia como en el extranjero, donde se tenia interes en propagar este culto deista.

La inscripción colocada en el frontispicio de los templos, bajo Robespierre: *Los franceses reconocen la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma*, hé aquí todo el *Creo*, y todos los dogmas de la *teofilantropía*.

Los *teofilantropos* rechazaban la calificación de sectas; aseguraban no estar separados de pingua, no siendo discípulos de tal ó cual hombre, y se llamaban amigos de todos

las religiones. Su reunión era *culto* para los que no tenían otro; y *Sociedad de moral* solamente para los que le tenían. Mas, puesto que se decian amigos de todas las religiones, ¿Por qué renunciaban á educar á sus hijos en los principios de alguna de ellas por miedo que perdiesen toda la moral? Puesto que afectaban respetarlas todas, ¿por qué tantas sátiras contra la revelación? ¿Alaban á Jesucristo como un filósofo; pero Jesucristo se ha llamado Hijo de Dios: luego, ó es un impostor y entonces nó es filósofo; ó es Dios, y entonces es mas que filósofo.

Todo era contradicción entre estos sectarios de la religion natural, que tenían tanto horror á la superstición, es decir, á la religion católica.

Su *Manual* decia que no pidiesen á Dios la facultad de practicar el bien, siendo esta facultad inherente á nuestra naturaleza; pues nos hallamos en estado, decia su catecismo, de distinguir con certeza lo bueno y lo malo. Sin embargo sus escritos enseñaban que necesitamos ser iluminados para hacer este discernimiento, que es fácil engañarse ó ser engañado en la elección y suplicaban á Dios perdonase sus errores.

Estos mismos hombres que nada querían pedir á Dios, admitían sin duda un purgatorio, un lugar de expiación, puesto que oran por los difuntos.

En orden á la enseñanza moral la habian bebido en los filósofos antiguos y modernos; pero todo lo mejor que se halla en su doctrina está tomado del Evangelio ó de nuestros libros ascéticos, hasta el examen de conciencia. Sus oraciones estaban en general bien hechas; pero ninguna podia delinear la augusta y divina sencillez de la oración dominical, que tenemos del mismo Jesucristo: no la adoptaron por temor sin duda de que fuese entre ellos un síntoma de cristianismo. Los *teofilantropos* declararon al principio no querer sacerdotes; pues no es necesario, decían, intermediario entre Dios y el hombre: sin embargo, tuvieron lectores y oradores que, conforme á la ley, hicieron lo mismo que los ministros de los demás cultos, su declaración en la municipalidad, y que por costumbre, pusieron al hábito frances azul un cinturón de color de rosa y un ropaje blanco.

Los *teofilantropos* no querían ritos y tuvieron una liturgia para los nacimientos, para los matrimonios y para las defunciones. En sus templos, sobre un simple altar, estaba depositado en signo de reconocimiento á los beneficios del criador, un canastillo de flores y de frutos, segun las estaciones. Enfrente

habia una tribuna en la que el ministro, con la cabeza descubierta y de pie, recitaba en alta voz una invocación que repetían los asistentes en voz baja y en la misma actitud; era seguida de un momento de silencio, durante el cual cada uno se daba cuenta de su conducta desde la última fiesta religiosa, en seguida se sentaban para oír las lecturas ó los discursos de moral, y estas lecturas ó discursos eran interrumpidos por cánticos. Además de las fiestas nacionales y decadarias adoptadas por la convención tuvieron otras particulares para Sócrates, J. J. Rousseau, Washington y aun para san Vicente de Paul. En el aniversario del restablecimiento de la religion natural, cinco padres de familia llevaban cada uno un estandarte con las inscripciones siguientes: en el primero, *Religion*; en el segundo, *Moral*; en el tercero, *Judíos*; en el cuarto, *Católicos*; y en el quinto *Protestantes*. Por haber acusado á los *teofilantropos* de excluir á los atícos, con intención de admitirlos, consagraron á la *Moral* un estandarte que fué llevado por Silvano Marechal, cuya profesión de ateísmo era universalmente reconocida. El porta-estandarte de la religion dijo: «A nombre de todos los hombres, ya profesen exteriormente un culto religioso apoyado en diversos dogmas y embellecido por diferentes ceremonias; ya que no exponiendo á las miradas del público ningún signo visible de religion, se contentan con dar como testimonio á la sociedad la simple práctica de las virtudes. » Dió en seguida el ósculo de paz, y reunió los cinco estandartes en un fio con una cinta tricolor. Los *teofilantropos* habian fijado el ejercicio de su culto en el último día de la década, V. CALENDARIO REPUBLICANO; pero habiendo vuelto á ser gradualmente el domingo el día de descanso de la mayoría de los ciudadanos, los ejercicios de la religion natural, tuvieron lugar el día que correspondia al domingo.

Como las comarcas que rodean á Paris participan siempre, mas tarde, ó mas temprano, de las innovaciones de que es teatro esta capital, la *teofilantropía* se instaló al principio en los alrededores de la capital, y despues se desarrolló por los departamentos. La curiosidad hizo al principio afluir á las reuniones de las sociedades: mas se apagó, y por otra parte el celo de los *teofilantropos* se restringió de tal manera que, desde el 18 Brumario, se habian ya reducido en Paris á cuatro templos. El 21 de octubre de 1801, un decreto de los consules mandó que no pudiesen ya reunirse en los edificios nacionales. Así se desvaneció en Paris, sin alboroto y sin ruido,

después de cinco años de existencia, el culto *teofantropico*, que en los departamentos, no tuvo mas que una consistencia momentánea, y del cual en la capital misma no habian quedado mas que huellas en una escuela obscura, donde la enseñanza de la moral se hacia según los libros de la secta difunta.

M. Isambert ha ensayado en vano resucitar esta secta, desacreditada en una época cercana á la revolucion de 1830.

Teófilo (san). Obispo de Antioquia: fué colocado en esta silla el año 168, y murió hacia el año 190, es uno de los padres mas sabios de la Iglesia del segundo siglo. No nos han quedado de él mas que tres libros en Antioquia, que son una apologia de la religion cristiana y una refutación del paganismo. El autor hace allí un gran uso de los poetas y de los filósofos paganos; demuestra lo absurdo de su doctrina, y la verdad, la sabiduría, y la santidad de la del Evangelio. Esta obra se encuentra á continuación de la de S. Justino en la edición de los benedictinos. *S. Teófilo*, compuso otras muchas, de las cuales no han quedado mas que algunos fragmentos, y cuya pérdida es digna de lamentarse; es el primero que se ha valido de la palabra *Trinidad*, para designar las tres personas divinas. Este padre ha sido acusado inoportunamente de haber empleado expresiones favorables al arrianismo. Bullius, dom Le Nourry, dom Prudencio Marand, editor de san Justino, y otros han hecho ver que su doctrina es muy ortodoxa. Véase á Tillemont, t. 3, p. 88; D. Ceillier, t. 2, p. 103; *Vidas de los PP. y de los mártires*, 6 de diciembre, etc.

Es necesario no confundir á este santo obispo de Antioquia con *Teófilo*, patriarca de Alejandria, tio y predecesor de S. Cirilo; este no vivió hasta el siglo IV, y se hizo célebre por su aversión á la doctrina de Orígenes.

Teológico (virtud). Se llaman *virtudes teológicas* las que tienen por objeto al mismo Dios, y por motivo una de sus perfecciones. Así la fe, por la cual creemos en Dios, y en su palabra, puesto que es la verdad misma, incapaz de engañarse, ó de inducirnos á error; la esperanza, por la que confiamos en sus promesas, puesto que es fiel en cumplirlas; la caridad por la cual amamos á Dios á causa de su bondad infinita, son las tres *virtudes teológicas*; hemos hablado de cada una de ellas en particular.

Se llaman *virtudes morales* las que tienen por objeto inmediato, no al mismo Dios, sino las acciones que manda, y por motivo la justicia que hay en obedecer á Dios. Los paga-

nos han sido capaces de algunas virtudes morales, pero no tenían ninguna idea de las *virtudes teológicas*, puesto que suponen la revelacion y un conocimiento sobrenatural de los atributos de Dios. Véase *virtud*.

Es necesaria mucha precision para comprender que la religion es una virtud moral y no una virtud *teológica*. Como el acto esencial de la religion es la adoracion interior, que tiene á Dios por objeto, y su grandeza suprema por motivo, parece desde luego que no hay diferencia alguna entre esta virtud y las tres de que hemos hablado. Mas debemos tener presente que la religion puede ser una virtud natural, aunque muy imperfecta y propensa siempre al abuso, cuando no es iluminada y dirigida por la revelacion, en lugar de que la fe, la esperanza y la caridad suponen necesariamente un conocimiento sobrenatural de Dios.

Teología segun la energía de la palabra, es la ciencia de Dios y de las cosas divinas; por consiguiente el mas necesario de todos los conocimientos; no puede parecer indiferente sino á los que no quieren Dios ni religion.

Se acostumbra á distinguirla en *teología natural* y *teología sobrenatural*, y se entiende por la primera el conocimiento de la Divinidad tal como se puede adquirir por las solas luces de la razon. Esta distincion parece fundada en lo que ha dicho S. Pablo, *Rom.*, 1, 20, que «lo que hay de invisible en Dios ha llegado á hacerse visible después de la creacion, por las obras que ha hecho, aun su poder eterno y su divinidad; de manera que los que han conocido á Dios y no le han glorificado como á tal, son inexcusables.» Mas el mismo apóstol nos advierte tambien, *1 Cor.*, II, 11, que «como lo que pertenece al hombre no puede ser conocido mas que por el entendimiento del hombre, así lo que es de Dios, no puede ser conocido mas que por el espíritu de Dios.» Ahora bien, *por espíritu de Dios* entiende S. Pablo ciertamente la luz sobrenatural adquirida por revelacion. Por aquí nos hace comprender que el conocimiento de Dios y de sus designios, que procede de las solas luces naturales, es siempre muy limitado é imperfecto. Estísimos convencidos de ello por los errores groseros en que han caído acerca de esto los filósofos paganos, que eran, sin embargo, los mejores genios de la antigüedad. Los primeros doctores cristianos han sostenido tambien contra los paganos que los escritores hebreos, especialmente los profetas iluminados por la revelacion, han sido mucho mejores *teólogos* que

todos los sabios y filósofos del paganismo.

Como vamos á hablar únicamente de la *teología cristiana*, entendemos bajo este nombre la ciencia ó el conocimiento de Dios y de las cosas divinas, que nos ha sido comunicado por Jesucristo, por sus apóstoles, por los profetas y por los demás personajes, á quienes Dios ha encargado el cuidado de enseñarnos. Es, pues, una ciencia que, fundada en verdades reveladas, saca conclusiones de ellas sobre Dios, sobre su naturaleza, sobre sus atributos, sobre su voluntad y designios, y sobre todo lo que dice relacion á Dios. De donde se sigue que la teología reúne en su modo de proceder el uso de la razon con la certeza de la revelacion, y que está fundada en parte en las luces de la fe, y en parte en las de la naturaleza ó de la filosofía.

Se han encontrado criticos bastante insensatos para vituperar esta mezcla. En materia de religion, dicen, seria necesario atenderse precisamente á las verdades reveladas, tales como son enunciadas en la palabra de Dios; luego que se permite razonar acerca de ellas, es un origen inagotable de falsos sistemas, de disputas y de divisiones. Este furor de los *teólogos* no ha servido mas que para desfigurar la doctrina de Jesucristo y de los apóstoles, para producir cismas y herejías, y para poner en guerra á todas las sectas cristianas unas con otras, etc.

Atenerse á la pura palabra de Dios, es un proyecto muy bello en teoria, mas es posible? Esta es la cuestion.

º Los filósofos paganos han atacado al cristianismo desde su nacimiento. S. Pablo se quejaba ya de ello; ¿bastaba oquer el texto de los Libros sagrados á unos adversarios que no reconocian su divinidad, y que sostenian que la doctrina de estos Libros estaba en oposicion al sentido comun y á las luces mas puras de la razon? O era necesario dejarlos dogmatizar libremente, seducir á los fieles y destruir en fin el cristianismo, ó habia obligacion de demostrarles que la doctrina de estos Libros era mas razonable que la suya; luego era necesario absolutamente servirse contra ellos del razonamiento y de la filosofía. Que los apóstoles, que probaban la verdad de su predicacion por milagros, no tuviesen necesidad de mas argumentos, esto se concibe; mas Dios no habia prometido el mismo auxilio á sus sucesores; estos se han visto, pues, obligados á batir á los filósofos con sus propias armas; esto es lo que han hecho nuestros antiguos apologistas.

º Los primeros herejes han seguido la misma marcha que los filósofos; todos los

que han tomado el nombre de gnósticos atacaban nuestros misterios con argumentos filosóficos; hacian profesión de saber mas que los apóstoles, y que todos los autores sagrados. Habia, pues, obligacion de probarles por razonamientos lo absurdo de sus principios, la contradiccion de su doctrina, la oposicion de sus opiniones con las de los mejores filósofos, y de hacerles ver que estos habian enseñado muchas verdades confirmadas por la revelacion. Los marcionitas y los maniqueos añadian dos principios, uno del bien y otro del mal; rechazaban el antiguo Testamento y la historia de la creacion; de nada servia, pues, oponérsela, no se les podia refutar mas que por los argumentos que demuestran la unidad de Dios y la sabiduría del Criador.

º En todos los siglos la multitud lo mismo, y nos encontramos todavía al presente en el mismo caso que los doctores cristianos del primero y del segundo siglo. No solo los incrédulos repiten todas las objeciones de los antiguos herejes y sostienen que la doctrina de nuestros Libros sagrados se pone de lleno á las luces de la razon; mas los protestantes atacan el misterio de la Eucaristia por razonamientos filosóficos; á ejemplo de los arrianos: los socinianos se sirven de las mismas armas para combatir el dogma de la Trinidad y de todos los demás misterios. Por mas que se les oponga el texto de la Sagrada Escritura, eluden todas sus consecuencias por interpretaciones arbitrarias. Los deistas no quieren admitir ninguna revelacion. ¿Se refutará á todos estos incrédulos sin razonar con ellos, y sin mezclar la filosofía con la *teología*? Los mismos que rechazan este método se ven obligados á recurrir á él. Dirán, quizá, que á la verdad es absolutamente necesario, pero que debe ser contenido en justos limites; convenimos en ello, no falta mas que saber quién establecerá estos justos limites que no sea licito traspasar. V. Filosofía y metafísica.

Una cuestion agitada comunmente entre los *teólogos* es saber cuál es el grado de certeza de las *conclusiones teológicas*. Se llaman así las consecuencias evidentemente deducidas de dos premisas, que son ambas reveladas, ó una de las cuales lo es, y la otra evidentemente conocida por la luz natural; y se pregunta: 1º si estas conclusiones son tan ciertas como las proposiciones de fe; 2º si son mas ó menos ciertas que las conclusiones de las demás ciencias; 3º si lo son tanto como los primeros principios de geometría, de filosofía, etc.

Se conviene generalmente en que la revelación inmediata de Dios propuesta por la Iglesia, es el motivo que nos hace admitir las verdades de fe, y que la conexión evidentemente percibida entre la revelación y la conclusión teológica que se sigue, es el motivo que nos hace adherirnos á esta. De aquí es fácil inferir: 1º que una verdad de fe es mas cierta que una conclusión teológica, puesto que la primera está fundada en la revelación inmediata de Dios y en la infalibilidad de la Iglesia, que nos lo confirma, en vez de que la segunda está fundada en un enlace percibido por la luz natural, luz que no es tan infalible como la veracidad de Dios y como el testimonio de la Iglesia; 2º que las conclusiones teológicas son mas ciertas que las de las otras ciencias en general, puesto que estas últimas están fundadas comunemente en simples conjeturas, y que su enlace con los primeros principios no es tan evidente como el de las conclusiones teológicas con la revelación inmediata de Dios.

3º Muchos teólogos antiguos han sostenido que estas mismas conclusiones son mas ciertas que los primeros principios de nuestros conocimientos, porque estos no son tan infalibles como la revelación de Dios. Mas la mayor parte de los modernos piensan lo contrario; la primera razon que aducen de ello, es que nos adherimos tan pronta y fuertemente á estos axiomas: *el todo es mayor que su parte; dos cosas iguales á una tercera, son iguales entre sí*, etc., como á este: *Dios es la misma verdad*. La segunda es que Dios es igualmente autor de la razon y de la revelación, y que la una nos es tan necesaria para conocer las verdades naturales, como la otra para conocer las verdades sobrenaturales. La tercera es que la razon, es la que nos conduce á la fe; creemos firmemente las verdades reveladas, porque sabemos por la razon que Dios no puede engañarse ni engañarnos, cuando se digna hablarnos; estamos ciertos de que nos ha hablado, por los motivos de credibilidad, con que ha revestido su palabra ó la revelación; á la razon pertenece tambien pesar el valor de estos motivos. Luego, dicen, es imposible que el juicio porque nos adherimos á ellos, sea mas infalible que aquel por el que asentimos á los primeros principios del razonamiento. Holden, *de resolut. fidei*, l. 1, c. 3.

Como todas las verdades, cuyo examen se propone la teología, son especulativas ó prácticas, se divide esta ciencia en *teología especulativa* y *teología moral*. La primera es

la que tiene por objeto exponer y probar los dogmas que es necesario creer, y defenderlos contra los que los atacan. Entre estos dogmas los antiguos padres griegos llamaban especialmente *teología*, á los que conciernen á Dios en sí mismo, á su naturaleza y á sus atributos; esta es la razon porque llamaban al evangelista san Juan, el teólogo por excelencia, porque ha enseñado la divinidad del Verbo mas claramente que los demás apóstoles, y por aqui ha principiado su Evangelio. Por la misma razon san Gregorio Nacianzo, fué tambien apellidado el teólogo, porque habia defendido con mucha energia la divinidad del Verbo contra los arianos. En este sentido distinguan los griegos la *teología*, de lo que llamaban *economía*, es decir, la parte de la doctrina cristiana, que trata del misterio de la Encarnación, de la redención del mundo, etc.

La *teología moral* ó práctica es la que se ocupa en determinar los deberes que Dios nos impone, y en manifestar el verdadero sentido de los preceptos del Evangelio, que trata de las virtudes y de los vicios, que hace ver lo que es justo ó injusto, licito ó permitido, que enseña á los fieles sus obligaciones en los diferentes estados, cargos ó condiciones en que puedan encontrarse. Los *teólogos moralistas* se llaman tambien *casuistas*. Véase esta palabra.

Algunos enemigos de la religion no se han avergonzado de afirmar que la *teología* ha desnaturalizado las ciencias y ha retardado sus progresos; hemos hecho ver lo contrario en las palabras LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS.

En quanto á la manera de tratarlas, se distingue la *teología positiva*, la *teología escolástica* y la *teología mística*: es bueno hablar de cada una de ellas en particular.

TEOLOGIA POSITIVA. Es el método de probar las verdades de la religion por la Sagrada Escritura y por la tradicion; supone por consiguiente el conocimiento de la manera con que los dogmas revelados han sido atacados por los herejes y defendidos por los Padres de la Iglesia; no se la puede poseer perfectamente sin saber la historia eclesiástica, sin tener una noción de las diferentes herejías que se han suscitado sucesivamente, y sin estar familiarizado con las obras de los Padres. Puesto que la doctrina cristiana es una doctrina revelada por Dios, la teología no es una ciencia de invención, sino de tradicion; por consiguiente la *teología positiva* es la sola verdadera *teología*. Así es como los PP, que despues de los escritores sagrados son nuestros maestros, la han tratado. No se han li-

mitado pues, á probar por la Sagrada Escritura los dogmas puestos en cuestion, sino que han fundado el verdadero sentido de la Escritura en la manera como fué entendida en la Iglesia desde los apóstoles hasta ellos, y como fué explicada por los doctores que les precedieron. Como la mayor parte de estos santos personajes eran recomendables por su elocuencia, igualmente que por su erudicion, no han despreciado hacer uso de ella, y se han servido de las letras humanas y de las ciencias profanas para la defensa de nuestras santas verdades.

En el dia los enemigos de la Iglesia católica no son menos hábiles en adular la doctrina de los Padres, que en torcer el sentido de la Sagrada Escritura; los *teólogos* se ven pues obligados á buscar igualmente en estas dos fuentes la verdadera inteligencia de los dogmas revelados. Despues de diez y siete siglos de combates contra adversarios de toda especie, se debe comprender de que inmensa extension es la carrera que deben recorrer los que se consagran al estudio de la *teología*. Los monumentos de la revelación están escritos en dos lenguas, una de las cuales ha dejado de ser viva despues de dos mil quinientos años, y la otra jamás fué conocida en nuestros climas. En todas las disputas, los heterodoxos, frecuentemente incomodados por las versiones, apelan á los originales y estamos obligados á consultarlos; no nos quejariamos de ello si se limitasen á exigir esta precaucion. Mas cuando, para adular el sentido de un pasaje y para esquivar sus consecuencias, recurren á sutilezas de gramática y de critica, á alteraciones de puntuacion á las variantes de los manuscritos, á la ambigüedad de un término griego ó hebreo, á la diferencia de las antiguas versiones, etc., prueban bastante que están muy resueltos á no convencerse jamás, mas seria vergonzoso para un *teólogo* no estar tan ejercitado en defender la verdad como lo están sus enemigos en sostener el error.

Un nuevo género de trabajo nos ha sobrevenido hace casi un siglo. Para atacar la verdad de la Historia santa, los incrédulos han hojeado los anales de todos los pueblos y los escritos de todos los autores profanos; ha sido, pues, necesario comprobar estos testimonios, pesar su valor y compararlos con los de los autores sagrados; y los que se han tomado este trabajo han encontrado ventajas que no esperaban. Para destruir la cronología de la Sagrada Escritura, se ha recurrido á los cálculos astronómicos; pero esta nueva tentativa no ha tenido mejor éxito para los

incrédulos que la precedente. Se ha emprendido justificar á todas las falsas religiones á expensas de la nuestra; por un paralelo injurioso se nos han opuesto los libros de los chinos, el Zend-Avesta de Zoroastro, los Schasters de los indios, y el Alcoran de Mahoma; los defensores del cristianismo se han visto pues obligados á entrar en todas estas discusiones y hasta ahora no parece que hayan quedado debajo.

En la actualidad es la física, la historia natural y la cosmografía, cuyo auxilio se implora; despues de haber preguntado á los ciegos, se descende á las entrañas de la tierra, al seno de los mares, á los vestigios de los volcanes para encontrar allí pruebas de la antigüedad del mundo y de la falsedad de la cosmografía de los santos. Se han forjado con este motivo sistemas y conjeturas de toda especie; felizmente, físicos mas sensatos y mas hábiles que los incrédulos han destruido todos estos edificios frivolos, y han hecho ver que hasta ahora la narracion de los autores sagrados no ha recibido ningun golpe. Así, gracias á la obstinación de los incrédulos ninguna ciencia puede ser en adelante extraña á los *teólogos*; y sin estar obligados á ningun reconocimiento, han recibido de sus mismos adversarios las armas para vencerlos.

Desde que la *Teología* ha hecho tan grandes progresos, puede ser permitido proponer, sin pretension un plan quizá, mas conveniente y mas regular que el que se ha seguido hasta aqui, para formar una *teología* completa. Puesto que Dios, sus atributos, sus designios y sus operaciones en el orden de la naturaleza y de la gracia, son el único objeto de esta ciencia, seria de desear que el nombre de Dios estuviese á la cabeza de todos los tratados *teológicos*. Así se hablaría 1º de Dios en sí mismo, de sus atributos tanto absolutos como relativos; 2º de Dios criador y conservador, relativos; 3º de Dios creador y salvador; por consiguiente de sus diversas obras; 4º de Dios legislador, remunerador y vengador de sus diferentes leyes, tanto naturales como positivas; 5º de Dios redentor y salvador; título que comprendería la mision de Jesucristo, sus divinos caracteres, y la economia general del cristianismo; 6º de Dios santificador, y de los medios que su bondad emplea para realizar esta grande obra; 7º de Dios, último fin de todas las cosas. Nos parece que se podian colocar fácilmente bajo estos diversos títulos los 108 objetos de que los *teólogos* acostumbran á ocuparse. Mas no nos corresponde prescribir nuevos métodos; estamos para recibir la ley de nuestros maestros, y no para dársela.

En una colección de disertaciones *teológicas*, publicada por Moshelm en 1733, hay tres de *theologo non contentioso* y un discurso de *Jesucristo unico theologo imitando*. Se encuentran allí buenas reflexiones y lecciones muy sabias; mas el autor mismo no las ha seguido exactamente. Manifiesta allí todas las preocupaciones de su secta; renueva acusaciones contra los *teólogos* católicos, cuya injusticia se ha demostrado cien veces; manifiesta una prevención incurable contra los PP. de la Iglesia, y pone, en ridiculo el respeto que tenemos hacia ellos. El resultado de estas disertaciones es que sería necesario que un *teologo* fuese un ángel exento de todos los defectos de la humanidad. Si los hubo jamás tales entre los Luteranos, cosa que dudamos, no dejarían de asemejarse á los fundadores de la reforma. Mas de una vez se ha visto obligado Moshelm á confesar los exesos en que han caído, y entre los defectos que ha revelado no hay ninguno que no se les pueda echar en cara con justicia. Parece no haber hecho su discurso sobre la obligación de imitar á Jesucristo, único perfecto *teologo*, mas que para probar que no se debe imitar á los PP. Claramente Jesucristo no le ha dado esta lección ni este ejemplo; así la oración por la que le pide la gracia de imitarle no parece haber sido oída.

¡No hay indecencia y ridiculo en predicar á los *teólogos* la dulzura, la moderación, la paciencia y la serenidad en las disputas, mientras que se estudia en alterar su bilis por imposturas, por calumnias y por sangüinarios sarcasmos? Esto es lo que hacen todos los días los protestantes, fielmente copiados por los incrédulos. Por estas exhortaciones patéticas, parecen decirnos: *Sed moderados, tranquilos, dulces y sufridos á fin de que podamos insultaros y alborotaros impunemente*. Puede decirse á pesar de todas las acusaciones contrarias que si la *teología* aun no se ha llevado al último grado de perfección, está al menos exenta especialmente en la universidad de París, de la mayor parte de los defectos de que se ha acusado á los *teólogos* escolásticos de los cuales vamos á hablar.

TEOLOGIA ESCOLASTICA. Método de enseñar la *teología* ó de tratar las materias de religión que se introdujo en la Iglesia durante los siglos XI y XII. Consistia: 1.º en reducir toda la *teología* á un solo cuerpo, en distribuir las cuestiones por orden, de manera que la una pudiese contribuir á esclarecer la otra y hacer así del todo un sistema compacto, seguido y completo. 2.º En observar en los ra-

zonamientos las reglas de la lógica, en servirse de las nociones de la metafísica y en conciliar así, según que es posible, la fe con la razón y la religión con la filosofía. Hasta aquí esta manera de proceder nada tiene de reprehensible, y no se puede decir que, en el siglo XI, estos dos métodos fuesen absolutamente nuevos.

En efecto, en el siglo VII, según lo que dice Moshelm, Tajón obispo de Zaragoza intentó reducir la *teología* á un solo cuerpo. S. Juan Damasceno tuvo mejor éxito en el VII, en sus cuatro libros de la fe ortodoxa, y se sirvió, para ilustrar nuestros dogmas, de la filosofía de Aristóteles. Largo tiempo antes que él nuestros antiguos apologistas se habían dedicado á demostrar que muchas verdades reveladas habían sido al menos confusamente percibidas por los mejores filósofos.

Mas como este ejemplo no fué seguido por los *teólogos* latinos, se considera á S. Anselmo, arzobispo de Cantorbéry, muerto en el año 1109, como el primero que dió un sistema completo de *teología*. Lanfranc, su maestro, con motivo de la Eucaristía, manifestó el método de conciliar nuestros misterios con los principios de la filosofía. Se pretende que la obra de S. Anselmo fué aventajada por la de Hildebert, arzobispo de Tours, muerto el año 1132, quien á fines del siglo X, dió un cuerpo completo y universal de *teología*.

Conviene Moshelm en que estos primeros autores no cayeron en ninguno de los defectos de que se ha acusado á los que les han sucedido. Probaron las verdades de la fe por pasajes sacados de la Sagrada Escritura y de las objeciones que se podían hacer contra estas mismas verdades por argumentos fundados en la razón y en la filosofía. *Historia eclesiástica, siglo XI, part. 2.º, c. 3, § 5 y 6.*

Desgraciadamente este ejemplo no fué seguido. Pedro Lombardo, doctor de París, y después arzobispo de esta ciudad, muerto el año 1164, compuso también un cuerpo de *teología* en el cual distribuyó las cuestiones con método; reunió sobre cada una las *Sentencias* ó pasajes de la Sagrada Escritura y de los PP.; esto es lo que le hizo darle el nombre de *Maestro de las Sentencias*. Si es verdad que ha copiado la obra de Hildebert, no fué tan sabio. Se le acusa de haber tratado muchas cuestiones inútiles y de haber omitido algunas esenciales, de haber apoyado sus razonamientos en los sentidos figurados ó alegóricos de la Sagrada Escritura que no

prueban nada, y de haber mezclado allí sin necesidad una filosofía muy mala. Su cuerpo de doctrina está dividido en cuatro libros, y cada libro en muchos párrafos. Como las escuelas de *teología* de París eran de las mas célebres, las *Sentencias* de Pedro Lombardo llegaron á ser un libro clásico, é hicieron olvidar la obra de Hildebert. Durante largo tiempo los *teólogos* no hicieron otra cosa mas que comentarios sobre el *Maestro de las Sentencias*; esto es lo que le ha hecho considerar como el padre de la *Teología Escolástica*.

Es demasiado verdad que, en lo sucesivo, sus discípulos aumentaron mucho sus defectos. No solo trataron una infinitad de cuestiones inútiles, frivolas y muchas veces ridiculas, sino que tambien llevaron hasta el exceso las sutilezas de la lógica y de la metafísica; prefirieron probar los dogmas de la fe por las máximas de Aristóteles, mas bien que por la Escritura Santa y la tradición; forjaron términos bárbaros é ininteligibles para expresar sus ideas; muchos se dedicaron á presentar todas las cuestiones como problemáticas y á sostener el pro y el contra, á fin de hacer brillar la sutileza de su ingenio, etc.

Desde el siglo XII muchos *teólogos* muy sensatos como S. Bernardo, Pedro el Chantre, Gautier de Victor y algunos otros se opusieron con todas sus fuerzas á los progresos del nuevo método, y declararon la guerra á los *teólogos* filósofos; no pudieron contener el torrente. En el siglo siguiente los sectarios de Pedro Lombardo prevalecieron; los que se adhucieron á la Escritura Santa y á la tradición fueron llamados *doctores bíblicos* y los otros se apellidaron *doctores setentariis*; estos estaban en voga y atrajeron á sí la multitud, mientras que los primeros contemplaron frecuentemente sus escuelas desiertas. El desorden se acrecentó hasta el punto de que los soberbios pontífices se alarmaron; Gregorio IX escribió terribles acusaciones á los doctores de la universidad de París, y les ordenó rigorosamente volver al método de los antiguos. Du Boulay, *Hist. acad.*, París, t. 3, p. 129.

No debemos, pues, admirarnos de las declamaciones que se han hecho con los *teólogos* escolásticos, no solo por los protestantes, que evidentemente han exagerado el mal, sino tambien por muchos escritores católicos. Muchos han confundido inoportunamente los vicios, los defectos y los extravíos personales de algunos *teólogos* con el método mismo que era susceptible de corrección, puesto

que en efecto ha sido corregido. Mas no confesaremos á los protestantes que ellos son los que han obrado esta revolucion; habia principiado mucho tiempo antes del nacimiento de su pretendida reforma. En el siglo XIV Nicólas de Lyra, el cardenal Pedro Dally, Gregorio de Rimini, etc.; en el XV Gerson, Tostado, el cardenal Besarion y otros no se parecen ya á los escolásticos del siglo XIII, en donde se formaron, Wicel y Lutero que se nos alaban como hombres de un mérito superior, y como unos sabios de primer orden, sino en las escuelas de *teología*, tales como eran en su tiempo? El último desde que apareció, encontró antagonistas que sabian por lo menos tanto como él, y que podian disputar con él en todos los géneros de erudición.

Así muchos escritores muy capaces de juzgar de ella han hecho la apología de la *teología escolástica*.

«Lo que hay, dice Bossuet, que considerar en los escolásticos y en Sto. Tomás, es el fondo ó el método. El fondo, que son los decretos, los dogmas, las máximas constantes de la escuela, no son otra cosa que el puro espíritu de la tradición y de los PP.; el método, que consiste en la manera contenciosa y dialéctica de tratar las cuestiones en su utilidad, con tal que se la presente, no como el objeto de la ciencia, sino como un medio para hacer adelantar á los que la principian; este es el designio tambien de Sto. Tomás desde el principio de su *Suma*, y que debe ser el de los que sigan su método.

Se ve tambien por experiencia que los que no han principiado por aquí y que han puesto todo su conato en la crítica, están sujetos á extraviarse mucho cuando se lanzan á las materias *teológicas*. Los PP. griegos y latinos, lejos de haber despreciado la dialéctica, se han servido frecuente y útilmente de sus definiciones, de sus divisiones, de sus silogismos, y para decirlo todo en una palabra, de su método, que no es en el fondo mas que la *teología escolástica*.» *Defensa de la tradición y de los escolásticos*, l. 3, c. 20. Si este hecho necesitase de prueba, se podría confirmar por el ejemplo de S. Juan Damasceno, que compuso un tratado de lógica á fin de enseñar á los *teólogos* á penetrar los sofismas de los herejes, y por la opinión de Barbeyrac que pretendió que S. Agustín es el padre de la *escolástica*: *Tratado de la moral de los Padres de la Iglesia*, pref., p. 38 y 39. Leibnitz, protestante mas moderado que los otros, no ha imitado su prevención contra los escolásticos; hé aquí como se explica: «Me atrevo á decir que los mas antiguos escolásticos son muy

superiores á algunos modernos en penetración, en solidez y en modestia, y agitan muchas menos cuestiones inútiles. » Cita por ejemplo la secta de los *nominales*.

« Los *escolásticos* han tratado de emplear útilmente para el cristianismo lo que había admisible en la filosofía de los paganos. He dicho frecuentemente que hay oro oculto en el lodo de la barbarie *escolástica*, y desearía que algun hombre hábil versado en esta filosofía tuviese inclinación y suficiencia para sacar de ella lo bueno que contiene; estoy seguro que encontraría pagado su trabajo por bellas é importantes verdades. » *Exp. de Leibnitz*, t. 2, p. 44 y 48.

Cuando se está en disposición de juzgarla sin prevención, no se puede negar que la *escolástica* nos ha prestado un gran servicio: le somos deudores del órden y del método que reinan en nuestras composiciones modernas, y que no encontramos en las antiguas. Definir y explicar los términos, establecer principios en los cuales conviene todo el mundo, sacar sus consecuencias, probar una proposición y resolver las objeciones es la marcha de los geómetras; es lenta, pero segura; amortigua el fuego de la imaginación, pero previene sus extravíos; disgusta á un genio vivo, pero satisface á un entendimiento exacto: los herejes y los incrédulos la detestan, puesto que quieren dispartar libremente, seducir y no persuadir. Esta sola es la causa de las injustas prevenciones que los protestantes é incrédulos mantienen contra la *teología escolástica*.

Si al menos hubiesen estado á cordes entre sí mismos, se podría excusar su prevención; mas por un lado vituperan á los antiguos autores eclesiásticos, porque carecen de método y de precisión, y censuran á los *escolásticos*, porque lo tienen demasiado bien á pesar suyo; los acusan de haber despreciado la Sagrada Escritura y la tradición, y cuando les oponemos la una y la otra adulleran la primera y rechazan la segunda. ¿Qué sería necesario para contentarlos? Un poco de lógica no sería aquí inútil.

Sin embargo, si se quiere juzgar del mérito de un discurso ó de un tratado escrito con arto, en un estilo brillante y seductor, es absolutamente necesario hacer su análisis, y este análisis no es otra cosa que la forma *escolástica*. Si antes de componerle el autor no ha principiado por formar su bosquejo, se puede ya presumir que ha hecho frases y nada mas. Si la obra es considerable, queremos un análisis exacto de los libros y de los capítulos, ó una tabla razonada de las mate-

rias, que nos ponga en estado de ver de una ojeada lo que contiene; esto es tambien reducirlo á la *forma escolástica*. Digase, si se quiere, que esto no es mas que el esqueleto de la obra, que así la *escolástica* no era mas que el esqueleto de la *teología*; podremos convenir en ello, mas sin esta trabazon el conjunto no puede tener cuerpo ni solidez.

Fra-Paolo, protestante bajo el hábito de monge, y su comentador, otro apóstata, han criticado que en vez de condenar á los herejes, el concilio de Trento no haya principiado por condenar á los *escolásticos* que habían hecho de la filosofía de Aristóteles el fundamento de la religion cristiana, que habían despreciado la Escritura, y que lo habían convertido todo en problema, hasta poner en duda si hay Dios, y disputar igualmente en duda si hay Dios, y disputar igualmente en pro ó en contra. *Historia del concilio de Trento*, l. 2, § 71, nota 98. Es evidente que este rasgo de sátira es una pura calumnia. Basta abrir la *Suma de santo Tomás*, para ver que, cuando se trata de un dogma, este santo doctor jamás deja de aducir como prueba pasajes de la Escritura y de los PP., antes de usar de razonamientos filosóficos. Ahora bien, sabido es el grado de autoridad de este gran teólogo entre los *escolásticos*; el mayor número le ha seguido como á su maestro y modelo. Cuando han puesto en cuestion si hay un Dios, no es porque hayan dudado de ello, ni para poner esta cuestion en problema; era al contrario, para probarla y para resolver las objeciones de los ateos; y porque han referido estas objeciones, no se sigue que hayan disputado jecciones, no se sigue en el día este en pro y en contra. Se sigue en la dia este método en las escuelas; hay tanta multitud como maldad en vituperarlo. Si entre la multitud de *escolásticos*, hubo algunos que llegaron demasiado lejos la obstinacion por Aristóteles y por su dialéctica, como Abelar y sus discípulos, fueron condenados; hemos visto que en el siglo XIII, Gregorio IX condenó este exceso; mas no reinaba ya en tiempo del concilio de Trento; no había, pues, razon alguna para proscribirlo de nuevo. Este santo concilio ha fundado sus decisiones en la Escritura y tradicion, y no en la autoridad de Aristóteles. Véase la *Historia del Concilio de Trento*, por el cardenal Pallavicini.

Durante muchos siglos el nombre de *escolástico* ha significado un doctor y un hombre encargado de enseñar; maestro es su traduccion; en la mayor parte de los cabildos ha pasado esta funcion á *Lectoral*.

TEOLOGIA MÍSTICA. Los que han tratado de ella dicen que no es un hábito ó una ciencia adquirida, tal como la *teología* especulativa, sino un conocimiento experimental y un gusto hacia Dios, que no se adquiere ni puede objetarse por sí mismo, sino que Dios comunicó al alma en la oracion y en la contemplacion. Es, dicen, un estado sobrenatural de oracion pasiva, en el cual un alma que ha ahogado en sí todos los afectos terrenos, que se ha desprendido de las cosas visibles y que se ha acostumbrado á conversar en el cielo, es de tal manera elevada por el Señor, que sus facultades están fijas en él sin razonamiento y sin imagenes corporales representadas por la imaginacion. En este estado, por una oracion tranquila, pero muy ferviente, y por una mirada interior del espíritu, contempla á Dios como una luz inmensa, eterna, y extasiada contempla su bondad infinita, su amor sin limites y sus demás perfecciones adorables. Por esta operacion, todas sus afecciones y todas sus facultades parecen transformadas en Dios por el puro amor; ó esta alma permanece tranquila en la oracion de la fe, ó emplea sus afecciones en producir los actos inflamados de alabanza, de adoracion, etc.

Por esta misma descripcion se nos hace entender que este estado no es fácil de conseguir, y que es necesario haberlo experimentado para formarse una idea exacta de él. Se añade que no es necesario investigarle ni deseárselo, ni complacerse en él, puesto que semejante disposicion conduciria al orgullo y lanzaria á la ilusion.

No dudamos que Dios, para recompensar las virtudes y el fervor de ciertas almas, su fidelidad á su servicio y su constancia en ocuparse únicamente de él, puede elevarlos á este alto grado de contemplacion, y que ha concedido en efecto esta gracia á muchos santos. Mas es necesario confesar tambien que las disposiciones del temperamento, el calor de la imaginacion, un movimiento secreto de orgullo y ciertas enfermedades, tambien han podido persuadir falsamente á algunas personas que habían llegado á este estado sublime, y que los directores mas hábiles puedan estar algunas veces sujetos á engañarse. V. CONTEMPLACION, EXTASIS, ORACION MENTAL, etc.

Dejemos, pues, á un lado las operaciones maravillosas de la gracia, puesto que son superiores á nuestras débiles concepciones; limitemonos á justificar la vida contemplativa en sí misma, la conducta de los que se entregan á ella; sus principios, sus máximas y

IV.

su lenguaje que es la *teología mística*, puede hacerse sin dar lugar á ningun error ni abuso.

Es fácil comprender que esta *teología* no puede agradar á los protestantes. Como tienen interés en persuadir que la doctrina de Jesucristo ó el verdadero cristianismo, ha principiado á degenerar desde el siglo II, y que el mal ha ido siempre en aumento hasta el nacimiento de la reforma que han hecho, han creído hallar una de las causas de esta corrupcion en las imaginaciones de la *teología mística*, y se han apresurado para escribirlo de ridiculo. Mosheim en particular, en su *Historia cristiana* y en su *Historia eclesiástica*, nada ha omitido para conseguirlo. No hay siglo bajo el cual no se hayan lanzado invectivas contra la vida de los contemplativos; la llaman, *melancolia*, *demencia*, *fanatismo*, *extravagancia*, *delirio de la imaginacion*, etc. Ha lugar á dudar si ha estado él mismo afectado de la enfermedad de que ha querido curar á los demás.

Antes de examinar la historia satírica que ha formado de ella, veamos si los principios y los motivos que han dirigido la conducta de los contemplativos, son tan quiméricos y tan mal fundados como pretenden. Creemos hallarlos en la Sagrada Escritura, y puesto que los protestantes no quieren otra prueba tenemos con qué satisfacerlos.

1.º Jesucristo dice en el Evangelio que es necesario orar siempre y sin cesar. *Lúc.*, xviii, 1. Ha confirmado esta leccion con su ejemplo; leemos que pasaba las noches enteras orando, *vv.* 12. Cuando estuvo por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches en el desierto, presumimos que empleó principalmente este tiempo en la oracion y en la contemplacion. Durante la noche que precedió á su pasion, se retiró, *según su costumbre*, al jardin y al monte de las Olivas; repitió su oracion hasta tres veces, reprenido á sus apóstoles porque no podían velar ni orar durante una hora con él, *Mat.*, c. 26, c. 44; *Lúc.*, xxi, 39; S. Pablo repite á los fieles las lecciones de nuestro divino Maestro: los exhorta á orar en todo tiempo, á multiplicar sus oraciones y sus símplicas, á velar y á orar especialmente en *espíritus*, *Ephes.*, vi, 18; á orar sin tregua, *1. Thess.*, v, 17; *Rom.*, xii, 11; á unir las vigiliat y las acciones de gracias á sus oraciones, *Coloss.*, iv, 2; á orar noche y dia, *1. Tim.*, v, 5. El mismo practica lo que prescribia á los demás. *1. Thess.*, m. 10. S. Pedro tiene el mismo lenguaje, *Epíst.* I, v, 7.

2.º En órden á la manera de orar, Jesucristo nos enseña á buscar la soledad; para

28

hacerlo, se retiraba á los lugares desiertos. *Lúc.*, vi, 16; Iba á las montañas, vi, 12; ix, 28; oraba en el silencio de la noche. « Cuando queráis orar, dice, entrad en vuestro aposento, cerrad la puerta y orad á vuestro Padre en secreto. » *Mat.* vi, 6.

3º Nos da á entender que la oracion interior, la oracion mental es la mejor, puesto que dice: « Cuando oréis no habléis mucho, » *Mat.*, vi, 7. S. Pablo por su parte nos da la misma instruccion: « orad en todo tiempo y en espíritu; » *Ephes.*, vi, 18. Oraré y alabaré al Señor interiormente y en espíritu, *I. Cor.*, xiv, 15.

4º La Sagrada Escritura nos enseña tambien que la oracion debe ir acompañada del ayuno; esta es la opinion del santo hombre Tobias, xii, 8. El Evangelio hace el elogio de Ana, la profetisa, que no salia del templo, y que se ejercitaba en la oracion y en el ayuno dia y noche, *Lúc.*, ii, 37. No repetiremos la multitud de pasajes que hemos citado en el artículo *Mortificación*, en los cuales Jesucristo y los apóstoles hacen elogio de la vida retirada, austera, penitente y mortificada.

5º Si hubiese necesidad de consultar tambien el antiguo Testamento, veriamos que los salmos de David están llenos de exhortaciones á la oracion, no solo á la oracion vocal, sino tambien á la mental, á la oracion del espíritu y del corazón, á la meditacion y á la contemplacion; que estas divinas lecciones están confirmadas por los mismos ejemplos de David, de Tobias, de Judith, de Daniel y de los demás profetas, igualmente que de los de S. Juan Bautista, de Ana la profetisa, de los apóstoles en el *Genécio*, del centurion Cornelio, etc.

No preguntamos si los protestantes encontrarán explicaciones y subterfugios para torcer el sentido de todos estos pasajes y para esquivar sus consecuencias, pues jamás carecen de ellos; pero preguntamos si los cristianos del segundo y del tercer siglo, que no eran tan hábiles, se han equivocado en tomar la Escritura á la letra, y concluir de ello: 1º que una vida consagrada en gran parte á la oracion es agradable á Dios; 2º que la mejor oracion es la mental, la meditacion ó la contemplacion; 3º que como es casi imposible ser asiduo á ella en el mundo, vale mas retirarse á la soledad para tener mas libertad; 4º que es necesario añadir á la oracion una vida austera y mortificada. Si se han engañado, Jesucristo, los apóstoles y los demás escritores sagrados son los que los han inducido á error, como sostienen los

incrédulos. Si han tenido razon es una impiedad declamar su consideracion contra los ascetas, los anacoretas, los monjes y contra todos los contemplativos.

Leibnitz, mas sensato que el comun de los protestantes, no vitupera la *teología mística*, « Esta *teología* dice, es para la *teología ordinaria* casi lo mismo que la poesia es para la elocuencia, es decir, mueve mas, pero son necesarios limites y moderacion en todo. » *Espíritu de Leibnitz* t. 2, p. 51. En orden á los demás que han temido sin duda ser demasiado afectados por el lenguaje de la piedad y del amor de Dios, no han encontrado las reflexiones tan lejos; han encontrado mas fácil recurrir al ridiculo, á la rechifla y á los sarcasmos, y objetar pretendidos inconvenientes. *Si todo el mundo abrazase la vida solitaria y contemplativa, ¿qué llegaría á ser de la sociedad?* Hemos respondido ya mas de una vez que la Providencia proveyerá; ha diversificado Dios de tal manera los talentos, los gustos, las inclinaciones y las vocaciones de los hombres, que no hay que temer jamás que un excesivo número abraze un género de vida extraordinario.

Mas la cuestion está en saber si Dios ha podido dar á un cierto número de personas gusto é interes hácia la vida contemplativa, y si ha podido recompensar por gracias particulares á los que han sido fieles en seguir esta vocacion de Dios, que se han ocupado constantemente en meditar sus perfecciones, en excitar en sí el fuego de su amor, y en ahogar todas las afecciones que hubieran podido debilitar este sentimiento sublime, tan exaltado por S. Pablo. Desafiamos á nuestros adversarios á probarlo.

Segun estos preliminares, podemos examinar con seguridad las imaginaciones de Mosheim.

Refiere el origen de la *teología mística* al siglo segundo, y á los principios de la filosofía de Ammonio, que son los mismos que los de Pitágoras y de Platon. Como estos han vivido mucho tiempo antes de Jesucristo, resulta que esta *teología* es mas antigua que el cristianismo. Supone tambien Mosheim que los esenios y los terapeutas estaban ya imbuidos en ella, y que el judío Filon ha contribuido mucho á esparcirla. Era por otra parte, dice, análoga al clima del Egipto, donde el calor y la sequedad del aire inspiran naturalmente la inaccion, al reposo y á la soledad, á la inaccion, al reposo y á la contemplacion. Deplora las perniciosas consecuencias que esta disposicion de los ánimos ha producido en la religion cristiana.

Historia cristiana, siglo II, § 33; Historia eclesiástica, siglo II, part. 2, cap. 1, § 12. Hemos referido todas estas visiones en las palabras *Ascetas*, *Anacoretas*, *Monjes*, *Mortificación*, *Platavismo*, etc. Es muy ridiculo suponer que el comun de los cristianos del segundo y tercer siglo eran sabios y filósofos imbuidos en los principios de Platon, de Ammonio y de Filon, y que los hayan seguido mas bien que á la Sagrada Escritura; no falta mas á Mosheim que decir como algunos incrédulos, que el mismo Jesucristo y su precursor estaban preocupados en los mismos errores, y que no han hecho mas que imitar á los esenios y á los terapeutas.

En la época del tercer siglo, pretende que Origenes adoptó la opinion de estos filósofos, que la consideró como el punto de partida de todas las verdades reveladas, que investigó las razones de cada doctrina, é imaginó, como Platon, que las almas habian sido producidas y habian pasado antes de estar unidas á los cuerpos; que esta union era un castigo para ellas, que para hacerlas volver y unir las á Dios, era necesario separarlas de la carne y de sus inclinaciones, y purificarlas por las austeridades, por el silencio, por la oracion y por la contemplacion. Sobre esta falsa hipótesis, atribuye Mosheim á Origenes un plan de *Teología* que ha forjado él mismo, y cuyo absurdo es repugnante, *Historia cristiana, siglo III, § 29; Historia eclesiástica, siglo III, part. 2, cap. 3, § 1.* Si Origenes fuera verdaderamente su autor, seria necesario considerarle no solo como un visionario insensato, sino como un apóstata del cristianismo.

Felizmente no hay nada de esto. 1º Es falso que este Padre haya considerado el sistema de Platon, como la clave de todas las verdades reveladas. Despues de haber propuesto la opinion de este filósofo en orden á la preexistencia de las almas, de *Princip.*, l. 2, cap. 8, dice *núm. 4*: « lo que acabamos de decir, que un espíritu ha llegado á ser una alma, y todo lo que puede pertenecer á esta opinion debe ser cuidadosamente examinado y discutido por el lector; que no se imagine que lo arriesgamos como un dogma, sino como una cuestion digna de tratarse como una investigacion que debe hacerse. » Lo repite, *núm. 5*. 2º Origenes ha admitido expresamente el pecado original, *Homil. 8, in Levit.*, n.º 4, *Homil. 12, n.º 4. Contra Cels.*, l. 3, n.º 40; *Homil. 14, in Lucam, Comment. in Epist. ad Rom.*, l. 3, p. 346 y 347. Ha pensado que este pecado con su pena pasó á todos los hombres, puesto que todas las almas

estaban contenidas en la de Adán, opinion incompatible con la de Platon. 3º Funda la necesidad de mortificar la carne, no en la razon que aducian los platonicos, sino en la que aduce S. Pablo, á saber, que las inclinaciones de la carne nos inducen al pecado, y cita con este motivo muchos pasajes de este apóstol. *Comment. in Epist. ad Rom.*, l. 6, n.º 1. 4º Origenes ha tenido durante su vida y despues de su muerte, partidarios y enemigos, acusadores y apologistas; ni los unos ni los otros le han considerado como el autor ó como el propagador de la *teología mística*; ¿lo sabe Mosheim mejor que ellos? 5º Otros críticos han atribuido esta invencion á Clemente de Alejandria, sin atribuirle por eso todos los ensueños que Mosheim quiere achacar á Origenes. Sin pretendido plan de la *teología* de este Padre es, pues, falso á todas luces. *Vase Origenes*, n.º En fin el mismo se refuta, diciendo que los esenios y los terapeutas habian bebido sobre sus principios en la *teología* oriental; que los solitarios y los monjes no han hecho mas que imitarlos, *Hist. Cris. Proleg.*, cap. 2, § 13.

En el siglo IV, segun su opinion, los filósofos eclecticos ó los nuevos platonicos de la escuela de Alejandria, cultivaron la *teología mística* bajo el nombre de *ciencia secreta*. Un fanático impostor, que tomó el nombre de san Dionisio el Areopagita, la redujo á sistema, y prescribió sus reglas. Nuestro crítico lamenta de nuevo los errores, las supersticiones y los abusos que esta pretendida ciencia introdujo en el cristianismo; *Historia de la Iglesia, siglo IV, p. 2, c. 3, § 12.*

Respondemos que nada habia de comun entre la ciencia secreta de los eclecticos, fundada en un paganismos grosero, y la *teología mística* de los doctores cristianos, sino algunos términos ó expresiones que los primeros tomaron del cristianismo para engañar á los ignorantes. En esta época la religion cristiana estaba establecida no solo entre los árabes, entre los sirios, entre los armenios y las persas, sino tambien en Italia, en España, en las costas de Africa, en las Galias y en Inglaterra. Se nos hará creer que los platonicos de Alejandria han enviado emisarios á estas diferentes regiones, cuyas lenguas les eran extrañas, para esparcir allí sus principios y su ciencia secreta, y para introducir las supersticiones y los abusos de que pretende Mosheim que ha sido causa? Se nos persuade, dirá que Lactancio, Julio Firmico Materno, Eusebio y Arnobio, que en aquel siglo han escrito contra los filósofos paganos, que han combatido sus principios y sus consecuen-

cias, que han demostrado sus absurdos, las supersticiones y los abusos á que la doctrina de estos visionarios habia dado lugar, y que no han tratado mejor á Platon que á los demás, han visto sin embargo á sangre fría introducir en el cristianismo estos mismos abusos, sin manifestar por ello pesar ni admiracion alguna? Hé aqui el fenómeno absurdo que los protestantes han pretendido probar. En las palabras ECTEISISMO y PLATONISMO, hemos hecho ver su falsedad, y hemos refutado la sabia disertacion de Moshéim sobre los nuevos trastornos pretendidos, que los nuevos platonicos han causado en la Iglesia.

Es muy incierto si las obras del falso Dionisio el Areopagita, han sido compuestas en el IV siglo, puesto que no han sido conocidas sino doscientos años despues. Este escritor no puede ser tratado de impostor, á menos que él mismo no haya tomado el sobrenombre de Areopagita, y que se haya llamado discípulo inmediato de S. Pablo. Se pretende que lo ha hecho en una carta, que se halla á continuacion de sus tratados sobre la *teología mistica*, mas esta carta puede ser supuesta ó interpolada. No entra en el interes de los protestantes considerar á este autor como muy antiguo, puesto que en sus libros de la *Gerarquía eclesiástica* representa la disciplina y los usos de la Iglesia, casi tales como son en el día.

Moshéim renueva en el siglo V, p. 2, c. 3, § 14, sus quejas y sus invectivas contra la multitud de monjes contemplativos que hian la sociedad de los hombres, y que se extendian el cuerpo por maceraciones excesivas; esta peste dice, se espació por todas partes. No era, pues, el calor de la atmósfera de Egipto el que producía este contagio. Había ya penetrado entre los latinos, puesto que Juliano Pomere, Abad y profesor de retórica en Arles, escribió un tratado *De vita contemplativa*, y bien pronto ganó los países del Norte. Véase MORTIFICACION, ESTILITAS, etc. Nuestro severo censor habia olvidado estos hechos, cuando ha dicho que en el siglo IX, lo latinos no habian sido todavía seducidos por los encantos ilusorios de la devoción mística, pero que lo fueron cuando en 824 el emperador griego, Miguel el Balbuciente, envió á Luis el Piadoso una copia de las obras de Dionisio el Areopagita, siglo IX, parte 2, c. 3, § 12. Es sin embargo cierto que en el VI y VII los monjes de las Galias y de Inglaterra, eran por lo menos tan aplicados á la vida contemplativa, como los monjes del IX y X.

Uno de los abusos que hace observar este

crítico en los teólogos del siglo XII es su afición á investigar en la Sagrada Escritura sentidos místicos, y alterar así la sencillez de la palabra de Dios, p. 2, c. 3, § 5. Mas las cartas de san Bernabé y de san Clemente, discípulos de los apóstoles, están enteramente llenas de explicaciones místicas y alegóricas de la Sagrada Escritura; el mismo Moshéim se lo ha echado en cara, como un defecto; exhortan á los fieles á la meditacion y á la mortificacion: eran platonicos? Reconoce, § 12, que los místicos de este mismo siglo enseñaban mejor la moral que los escolásticos; que su discurso era tierno, persuasivo ó interesante; que sus sentimientos son muchas veces bellos y sublimes, pero que escribian sin método, y mezclaban frecuentemente la hez del platonismo con las verdades celestiales. Falsa acusacion! Si hubo en el siglo XII un excelente maestro de *teología mistica*, indudablemente fué san Bernabé; mas habia sus lecciones en la Sagrada Escritura, y no en Platon; este filósofo estaba profundamente olvidado por entonces; los escolásticos mismos no conocian mas que á Aristóteles.

En el XIII, p. 2, cap. 3, § 9, nuestro historiador se templa un poco en orden á los místicos; como habia dicho mucho mal de los escolásticos, supo agradecer á los primeros el haberles declarado la guerra, el haber trabajado en inspirar al pueblo una devoción tierna y sensible, y haberle agradado hasta el punto de obligar á los escolásticos á reconciliarse con ellos. Mas santo Tomás de Aquino jamás estuvo en este caso; durante toda su vida supo aliar á un estudio asiduo, la piedad mas pura y tierna, y tuvo en el mas alto grado el talento de inspirarla á los demás. Moshéim habla casi de la misma manera de los gnósticos en el XIV; parece concederles la victoria en el XV y á principios del XVI puesto que los escolásticos se habian disminuido mucho, como hemos observado hablando de ellos; mas este censor malicioso no olvida jamás lanzar contra los primeros algun tiro de odio y de desprecio.

En fin, se vió nacer en esta época la brillante luz de la reforma, y sabidos son los efectos que produjo; ahogó la piedad hasta en su raíz, desacreditando todas las prácticas que pueden conservarla, ocupando todos los entendimientos con las controversias teológicas, é inflamando en todos los corazones el fuego del odio y de la disputa. Todo el mundo quiso leer la Sagrada Escritura, no para recibir de ella lecciones de moral y de

virtud, sino para hallar armas ofensivas contra la Iglesia católica, y el medio de sostener toda clase de errores. En vano, despues de todas estas borrascas, algunos protestantes, avengonzados del aniquilamiento de la piedad entre ellos, han querido reanimarla; se han visto obligados á formar bando á parte, como si obrasen sin regla, y caminasen sin brújula, todos han dado en el fanatismo; tales han sido los cuáqueros, los pietistas, los metodistas, los heróicos, etc., y todos son considerados por los demás protestantes como unos insensatos.

Afectan suponer contra toda verdad que los solitarios, los monjes y las religiosas se han dedicado únicamente á la contemplacion, y que han observado una vida absolutamente ociosa é inútil. Es constante que los antiguos solitarios, á excepcion de un corto número, han unido á la oracion y á la meditacion el trabajo de las manos; han cultivado los desiertos, y han salido de su retiro tantas veces como las necesidades y la salud del prójimo lo han reclamado. Han convertido á las naciones bárbaras, y así es como han humanizado y civilizado á los pueblos del Norte. En los siglos de ignorancia cultivaron las letras y las ciencias, y ellos son los que las han conservado en Europa. Todos los institutos que se han formado hace quinientos años, han tenido por objeto principal la utilidad del prójimo; mas los fundadores han comprendido que era imposible conservar la constancia, el ánimo y las virtudes necesarias para llenar constantemente unos deberes penosos y repugnantes, á menos que no se ocupasen mucho de Dios, se obtuviesen de él gracias en la oracion, en la meditacion, en frecuentes reflexiones sobre si mismo, etc. Se han propuesto, pues, reunir la vida contemplativa á una vida muy activa y laboriosa. Repetámoslo otra vez; es un frenesí vituperarios, calumniarios y ponerlos en ridículo. V. MOVE, etc.

Teopasquitas, V. PATRIPASIANOS.

Teratín. Nombre hebreo que en las versiones de la Escritura se traduce por *ídolos, estatuas, esculturas*, y cuya verdadera significacion gramatical es difícil conocer. Lo que ha dicho de él Spencer, de *Legib. Hebr. ritual*, l. 3, disert. 7, cap. 3, nos enseña poco. Los rabinos que pretenden que las estatuas eran las que hablaban y predican lo futuro y que han enseñado la manera como se las hacia, no merecen creencia alguna; todos los ídolos que consultaban los paganos para conocer lo venidero, no hablaban por esto: en hebreo, como en otras len-

guas, *hablar* significa frecuentemente *indicar, dar á conocer* por un signo cualquiera. Los que han asegurado que los *terafines* eran una invencion de los Egipcios, que eran imágenes del Dios *Serapis* adorado en Egipto, no pueden dar prueba alguna de ello. Laban que vivía en la Caldea, no habia ido ciertamente á buscar sus *terafines* á Egipto. Otros que han creído que este nombre es lo mismo que *serafín*, serpientes aladas, que eran unos talismanes, tales como la de bronca hecha por orden de Moisés, no van mejor fundados. Finalmente Jurieu, que ha decidido que los *terafines* de Laban eran sus dioses penates y las imágenes de sus antepasados, ha querido adivinar al acaso. En los tiempos de Laban, la idolatría no hacia mas que principiar entre los caldeos; no se habia extendido todavía hasta divinizar á los muertos.

Vale mas, pues, confesar nuestra ignorancia que entregarnos á frívolas conjeturas. El nombre general de *ídolos* es suficiente para comprender todos los pasajes en los cuales es empleado el nombre *Teratín*.

Terapeutas. Nombre formado del griego *θεραπεύω* que significa igualmente *curar y servir*; por consiguiente se ha llamado *terapeutas* á unos hombres que trabajan en curarse de las enfermedades del alma, y cuyo ejemplo podia servir para curar á los demás. Filon, en su libro primero de la *Vida contemplativa*, dice que habia en Egipto, especialmente en las cercanías de Alejandria, un gran número de hombres y de mujeres que observaban un género de vida particular. Renunciaban á sus bienes, á su familia y á todos los negocios temporales; vivían en la soledad y tenia cada uno una habitacion separada, á alguna distancia los unos de los otros, y la llamaban *seminario ó monasterio*, es decir, lugar de soledad.

Allí, continúa Filon, se entregaban enteramente á los ejercicios de la oracion, de la contemplacion y de la presencia de Dios; hacían sus oraciones reunidos por la tarde y por la mañana, y no comían sino despues de ponerse el sol; algunos permanecian muchos dias sin comer; y no vivían mas que de pan y de sal. Comentados algunas veces con un poco de hisopo. Leían en sus monasterios los libros de Moisés, los profetas y los salmos en los cuales buscaban sentidos místicos y alegóricos, persuadidos de que la Escritura Santa, bajo la letra, contenía sentidos profundos y ocultos. Tenían tambien algunos libros de sus antepasados y componían himnos y cánticos para excitarse á alabar á Dios; los hombres y las mujeres